

1172

DORA MAYER DE ZULEN

LA POESIA DE ZULEN

IN MEMORIAM



LIMA-1927

CO-AP2

Caj. 5

Doc. 195

fol. 33

A los amigos de Zulen

Decid, después de leer esta ofrenda, si Zulen fué así como lo pinto; decid si he idealizado o desfigurado su imagen.

Yo creo haber sentido a Zulen, en su Poesía, no solo como era, sino como hubiera querido ser.

Jamás esta vida material a que nuestro espíritu se halla ligado, nos permite ser del todo como ahela-ramos ser. Lo que llamamos nuestra personalidad es lo mejor, lo más alto, de nuestro complejo orgánico; el resto es nuestro cautiverio a la herencia, las tradiciones y la necesidad.

Zulen en su aspiración suprema, que él revela únicamente de un modo total en su poesía, ha querido consagrarse a la moralidad pura, a una perfecta integridad sexual y social. Su vida práctica es un ejemplo en parte, y su aspiración es un evangelio que la generación presente ha gran menester de escuchar.

Callao, Octubre 3 de 1927.

Las poesías confidencias del alma

Escribo este folleto "La Poesía de Zulen" a continuación del otro "Zulen y Yo", y con tal declaración quedará dicho que su caracter es el mismo que el del anterior: no literario, sino biográfico y vindicativo de las tachas que nuestra extraña historia tuvo que atraer sobre nosotros.

Zulen y yo hemos procedido en todo el curso de nuestra relación a manera de dos polos opuestos: él la pasividad completa, yo la actividad completa; él, el hermetismo completo, yo la franqueza completa.

Yo abrí el libro de mi alma y lo puse a disposición del mundo entero; Zulen tuvo el suyo cerrado, probablemente hasta para los más cercanos a él, y si acabó de hojearlo bien él mismo ¿quién sabe?

Zulen es, pues, un ser envuelto en el misterio; una esfinge; las indicaciones que ha dejado de su sentir son como un jeroglífico indescifrado o un quipus indescifrable. Y estos signos históricos en que él hablara de su culto interior, los examinará la eterna curiosidad humana, y sobre todo, la íntima curiosidad mía, queriendo poner en claro aquello que fuera dictado por una pulsación del ansia eterna de manifestarse, triunfadora del afán contrario de ocultar el pensamiento.

El alma de los individuos como de los pueblos tiene un día en que llega a la revelación—tiene que revelarse, quiera o no quiera, tal como tiene que abrirse un botón en el momento de la madurez, divulgando el secreto del cáliz.

Solo las existencias truncadas no tienen jamás ese abrir de los pétalos apretados y el volcar a la luz del estamen fecundo.



107

El arte, la poesía, son la forma que toma la revelación caprichosa, discreta, de la conciencia del alma de los individuos o pueblos en su día culminante. La poesía es la flor abierta del alma—es producto del estado del Yo en que éste, abandonando sus timideces o egoísmos, se prodiga para los demás. La palabra poesía resume todo el arte: la poesía puede ser hablada, burilada, pintada, vivida, tocada en la laúd o escrita. El individuo, el pueblo, la raza, la época, en condensación tienen cada uno su poesía característica. Un laberinto de emociones, experiencias, anhelos, hechos idea, hechos conciencia—eso es poesía.

Con razón que las naciones estiman su poesía particular como un tesoro inapreciable; con razón que algunos gobiernos, como el del Japón y de Alemania, han intentado encargar el cuidado de sus archivos poéticos a un ministerio oficial, como erigiendo un tabernáculo en que se guardara lo más sagrado, el arca del Testamento recibido de los Antepasados y la Divinidad. ¡Solamente que no son los gobiernos sino los pueblos quienes pueden ser ánforas verdaderas de los testamentos poéticos!

Volviendo a Zulen. El rendía culto, sea por disposición natural o sea por una contingencia desconocida de circunstancias, a un hermetismo sin paralelo; él corroboró en su acción la frase de los ingleses: "Dios ha dado al hombre la palabra para ocultar su pensamiento." Pero Zulen era poeta, y tenía que divulgar, a pesar suyo, en pocos versos, fatalmente las confidencias de su Yo.

En sus artículos de periódico, Zulen podía decir solo la parte razonada de su pensamiento; en sus cartas podía mentir; pero en sus versos obedecía a la ley de darse como era, y porque Zulen está ahí, con el fondo inadulterado, en las preciosas reliquias de su musa, por eso a su poesía acudo, estimándola como la llave milagrosa al arcano de su personalidad.

Mi dignidad de mujer está comprometida en desvanecer las falsas apariencias que cubren la verdad del romance de nosotros. Debe entender la sociedad cuales han sido mis sentimientos y quién ha sido Zulen. Alguien que por antigua amistad conmigo no tuvo reparo en decirme con franqueza su parecer, me declaró que creía que mi pasión por Zulen radicaba sino en un "capricho sexual." Una ofensa inconsciente a él y a mí aquella suposición, pues ésta daba a entender que en Zulen no había ninguna cualidad que pudiera justificar el nacimiento de un amor elevado hacia él y que en mí tampoco ha-

bía el sentido de postulado moral como condición imprescindible para entregar mi ser a otro ser.

No, mis buenos amigos materialistas, no he hecho la ridícula figura de la Titania de Shakespeare, revoloteando embelesada al rededor de un asno. Yo he amado, porque he visto en Zulen lo que hay en su poesía, que es el mejor reflejo de un recóndito fuero interior: pureza, dulzura, ensueño, filosofía y ética.

Zulen no fué con su poesía en busca del público; no hizo ruido con ella, no la constituyó en pomposo centro de atracción—al contrario, la hizo de manera que el público tuviera que ir en busca de ella y en ella de él. Es la poesía de Zulen una poesía suave, eventual, volcada sin duda en un molde escrupulosamente estudiado, (porque Zulen era minucioso en extremo) pero no obstante, esencialmente espontánea y original. Nunca se habrá visto poesía más lírica y subjetiva.

En sus artículos sociológicos o críticos el joven estudiante y después doctor de la Universidad Mayor de San Marcos, pudo decir la parte racional de su pensamiento, la parte racional que en el hombre de sentimiento es la parte menor. El campo de la razón; ostenta el producto de la estación que se puede medir y avaluar, el campo del sentimiento está preñado de la fecundidad de las aún innatas cosechas venideras. ¡Gran campo de sentimiento, gran porvenir del alma!

Se es poeta cuando el alma está llena y se desborda; se es poeta, empujando hacia arriba la efervescencia del líquido de la vida, cual lo hace el champán con su blanca espuma. Tan imposible es animar al champán malo a desbordarse, como el contener la efervescencia del bueno.

Cuando los versos no se producen así, como efervescencia fatal, incontenible, no son poesía, sino plagio.

El lector siente en el acto la muerte en los versos que no son espontáneos. Rubén Darío, Amado Nervo, Lugones, Chocano, Cisneros, Amézaga y tantos más de nuestras cálidas tierras hispano-americanas, cuentan todos ellos entre las copas doradas de vino espumoso. En medio de éstos Zulen parece pequeño—y sin embargo, salvo en Amado Nervo y Amézaga ¿dónde hay un perfume más delicado de castidad y aspiración ideal que en las violetas del estro que muy de tarde en tarde nos tendiera con su enigmática sonrisa ese peregrino que hoy descansa de la jornada en un nicho del cuartel de San Felipe en el Panteón General de Lima?

Y quizá más que la vida de Nervo, más que la vida de Amézaga, está la vida de Zulen de acuerdo con el anhelo que expresa su musa. La estética suprema consiste, a mi ver, en la unidad indisoluble entre la obra y el hombre.

También en Chocano y otros hay esa unidad que funde en uno al creador y la creación—y estoy encantada cuando la sensación gozosa de la materia se refiere a rocas y montes, a mares y temporales—pero cuando al pié de la cascada aparecen las «Amazonas» y la bestialidad enturbia las limpias aguas del baño, entonces las formas desnudas, por bellas que sean, manoseadas y vueltas a manosear por una insaciable poesía vulgar y sin ética, me siento hastiada, y bendigo el refugio de la solitaria musa casta que ha clavado su tienda en recóndita espesura de la silvestre extensión.

Así he amado y amo a Zulen, poeta en su vida, poeta en su soñación constante; así lo he amado y lo amo con una conciencia clara y no con un instinto ciego.

Conózcanlo los lectores de las páginas siguientes, en que iré de cicerone, enseñándoles los papiros que registran ignorada historia.

I

LA PRIMICIA

En mi álbum de autógrafos, hermoso obsequio que me hizo la Municipalidad del Callao al poco tiempo de mi iniciación en el periodismo nacional, ha firmado Zulen, poniendo fecha Abril XII de MCMXI, al pié de una composición suya titulada «Polirritmo».

El me dijo que la citada poesía era la primera de sus hechuras poéticas que trascendía la intimidad de sus umbrales hogareños. Sentí en esos versos algo como un afecto muy sincero y muy particular y no estuve insensible al halago de que la musa de ese joven bardo haya tomado hacia el alero mío su vuelo primero. Pero, en Abril de 1911 yo no amaba todavía a Zulen—pues mi amor nació, en un momento perfectamente definido en mi memoria, en Mayo del mismo año. Además, lo que decían los labios de Zulen, lo desdecía, con perversidad habitual; la indiferencia tal vez simulada de su rostro.

En esos años aún no conocía bien a Zulen, y lo tomaba, sin atribuirle las estudiadas reservas que más tarde caí en cuenta que ponía en todos sus actos. Aún no sabía interpretar

esa mirada que se dirigía á intangible distancia en el celoso afán de salvar de otra mirada el secreto que pudiera transparentarse en ella.

Zulen venía en aquella época a mi casa una ó dos veces por semana, estrictamente por asuntos de la Asociación Pro-Indígena en que colaborábamos con gran ahinco.

Nada más que esta obra mutua nos había acercado y nos unía. Casi no se trataba entre nosotros de tema diverso, excepto que le tocara al Señor Secretario General, llegar en una tarde de domingo en que mi casa era frecuentada por un pequeño grupo de tertulios entre amigos privados ó intelectuales de ambos sexos.

Recuerdo un domingo en que sonó el toque característico de Zulen, todo él en su discreta pertinacia, en momentos que la Sra. Gaudencia Seoane de Gómez Sanchez, a la sazón propietaria del domicilio en que siempre viví con mis padres, estaba leyendo, en beneficio de la concurrencia, la reciente inscripción en mi álbum. Noté al hacer entrar á Zulen, en su fisonomía la cohibición mental que experimenta un novel poeta cuando ve su prenda en manos del público a veces poco piadoso. Pero el ambiente que reinaba lo sosegó. La Señora Gaudencia, espíritu sensible a las cualidades elogiabiles había hecho justicia al poema y su voto fué aclamado con unanimidad.

Polirritmo.—(Rima libre).

Ya las musas me anuncian que se acerca;
oigo un canto que me dice: se acerca,
con mirada tan profunda, tan sincera,
la sencilla
y tan pura y admirable
redentora incomparable.

Ya la veo a la viajera,
tan jovial y tan ligera,
tan gentil y tan lozana
que transita el camino pedregoso,
calentada
por el sol de la mañana;
inmutada
por ambiente tan mustioso.

Pasa siempre presurosa
por delante de mi choza.
Es Dora, la pagana y dulce Dora,
que acude a la dórica mansión,
donde Temis, a quien ora,
de quien pide redención.

Fervorosa
ella implora
a la diosa

por que cesen los quejidos de las quejas,
por que esfumen los dolores

y las penas
que aclimatan las prisiones
o la sierra

de este suelo que ella ama
con su alma de germana.

Reza y reza
y se regresa
satisfecha

a su morada—

Otro templo de pureza
donde es hija y adorada

de una madre
buena y santa
que la aguarda

amorosa y anhelante.

Dora, Dora
talentosa

Yo me gozo con el canto que le cantan los poetas

porque entonan
con sus metros de belleza

las noblezas
que la agitan;

las riquezas
que palpitan

imponentes

en su alma

y en su frente

de germana.

PEDRO S. ZULEN.

Lima, Abril VII de MCMXI.

Un primo mío en Alemania, doctor en filología de la Universidad de Tena, a quien mandé en traducción estos versos, me escribió en respuesta: «¡qué preciosa poesía! ¡una acabada égloga griega!».

Lo que encuentro único en esta composición, comparándola con otras de las que con acento de galantería se inscriben en álbums autográficos, es el resumen de la personalidad moral y no de la figura material que de la agraciada se hace. Así debe mirar el amigo a la mujer a quien estima digna de recibir un homenaje del alma suya.

II

EL ESQUEMA MORAL

La composición poética más profunda que conozco de Zulen es una que bajo el nombre «El Carácter y la Moralidad» apareció en el número 22 de Octubre de 1911 en la revista «Balnearios» del Barranco.

EL CARACTER Y LA MORALIDAD

El Carácter

Rígido eticamente que sostienes mi vivir,
lógica irrefracta que doblegas y agitas mi querer.
que normas y diriges mis acciones,
que anonadas ó resuelves mi quietud,
¿qué sería yo sin tí?

La Moralidad

El lenguaje bíblico me dijo: levántate y anda;
más yo no tuve fuerzas para partir.
Felizmente te encontré.
Tú me acompañaste
tú,
verdadera tabla rasa de tendencias irridentas,
y por eso fui.
¿Hubiera ido sin tí?

El Carácter

Soy la planta exótica y admirada en almacigos humanos,
por que eres tú
quien me aleja de egolátricos afanes,
quién me hermana de altruísticas visiones,
quien me germina intuiciones de primor.

La Moralidad

Recuerda:
el deber sublime del pensar kantiano
realidad no hubiera sido
sin tus dulces cánticos pragmatales.

El Carácter

En oriental decir me dicen:
Amuleto impreciado, sin origen, en las místicas deidades,
que inclinar puedes todo un haz de voliciones,
sin dechados de olímpicos despechos;
más ¿qué valdría yo sin tí?

La Moralidad

Mi poder está contigo.

El Carácter

El moderno pensamiento me contempla, se extasia y me llama
inventor de Tarde, *superhombre* de Nietzsche,
símbolo de Emerson, *hérve* de Carlyle;
más ¿qué podría, si tú no me llevaras?

La Moralidad

Pero si tú no me comprendieras
¿no tendría que la muerte pedir?

Nunca he podido leer esta poesía en un sentido impersonal. Para mí ese rígido eticamen era el imperativo categórico que gobernaba la intención de Zulen. Para mí, el diálogo entre el Carácter y la Moralidad se refería á nosotros dos, particularizando por ejemplo, la oculta relación espiritual que subsistía entre nosotros, muy marcadamente en aquel renglón.

Tú me acompañaste,
tú,
y por eso fui,
¿Hubiera ido sin tí?

No; ni yo sin él, ni él sin mí, habríamos ido á nuestra, moralmentetitanica obra, de la Asociación Pro Indígena. Enormes dificultades, no solo públicas, sino domésticas, daban á la tarea emprendida proporciones no sospechadas por los circunstantes.

Sentimentalmente, mi predilecta entre las poesias de Zulen es otra, pero intelectualmente, mi preferida es ésta—es en mi concepto, una joya sin par.

Por su misma profundidad, esta poesía no habrá causado, al caer en el medio, un círculo grande de vibración. Pero quien la haya sabido compenetrar, habría colocado inmediatamente á Zulen en el sitio que le corresponde como intelectual é idealista. Ahí no hay plagio; ahí hay un pensamiento que surca hondo en la región de la ética, asesorado por el pensamiento de los sábios históricos cuyas doctrinas se estudian en las academias, y hay el paso mesurado del metro que insinua la halagadora verdad: "el estilo es el hombre."

III

UN POCO DE BIOGRAFIA

Cuando Zulen me trajo "El Carácter y la Moralidad", ya lo amaba—es de fecha de Octubre, y mi amor es de fecha de Mayo de 1911—como acabo de contarle en página anterior. Ya mis ojos tenían, para todo lo que venía de Zulen, la inquietud de los ojos de Hero, que atisba á través de las brumas opacas al nadador Leandro que cruza el Helesponto. El ¿es ó no es? el ¿llegará ó no llegará? que hubo de sentir la sacerdotisa en sestos cada noche en que escudriñaba el estrecho que separaba su isla de la ciudad de Abidos, también á mí me atormentaba todas las noches y todos los dias, pues peligroso estrecho yacía entre el alma mía y el alma con la cual ella quería fundirse, regida por el imperativo fatal de la más excelsa y eterna de las pasiones. Cegada por la oscuridad en que Zulen envolvía su psiquis, y atenta a aquellas luminosidades que no dejan que las noches más negras sean noches absolutas, an-

dave años de años interrogando: "¿es amor eso que diviso en la vaguedad de las sombras y de las olas?" ¿llegará ó no llegará hacia á mí el amor que anhelo, el amor que creo venir?"

Desde Setiembre, desde hace más de un mes, Zulen había sido enterado de mis sentimientos, que yo me adelanté á revelar en momentos en que él había recibido el primer anuncio del riesgo que amenazaba su salud. A raíz de mi confesión habían adquirido nuestros coloquios algo más de intimidad, aunque una intimidad tan medrosamente vigilada por Zulen que sus limitaciones serian inconcebibles para las parejas de hoy, que ni siquiera conocen los respetos a la autoridad paterna que asustaba á nuestros abuelos.

Zulen me pedía a veces ayuda en traducciones de filósofos alemanes, y me llevaba hasta un pasaje en que se discutía sobre tema de amor—luego y rápidamente, al borde del peligroso elemento, peligroso, según parecía, a juicio suyo, aunque extendido como un lago bajo el sereno ambiente metafísico, me pedía el tomo para voltear á otro capítulo.

En estos años Zulen y yo íbamos como dos niños á través de un valle, pareciendo contemporánea, él con sus 20 y yo, con mis 40 años, porque aportamos á nuestra obra amada de la Pro-Indígena, madre y protectora de nuestras demás expansiones idealistas, fresca igual de emociones y esperanzas.

Surgió en mí, y debía de haber surgido en él, la sensación de un éco—porque hubo reciprocidad entre nuestras almas que se paseaban por lo más santo y bello de la vida, mirando una perspectiva de redención propia y ajena, y de enaltecimiento humano.

Casi todas las poesías de Zulen han tenido una frase señalada que hacía el éco al perderse en mi cerebro, y "El Carácter y la Moralidad" tuvo ese:

"pero si tu no me comprendieras
¿no tendría que la muerte pedir?"

Frase que no se apartó jamás de mi pensar; todavía la tengo errando entre las cavidades de mi cráneo, y á su voz me estremezco, diciéndo: "A los diez años, en 1920 quizá no lo comprendí, y por eso murió" y todavía busco como realizar el triunfo de comprenderlo—pues la muerte ¿qué es?—¿importa que el viajero se haya ido, cuando es posible seguirle y avisarle "al fin te comprendí"?"

IV

UNCIÓN

No es el verso que hace la poesía. Algunos dicen que la poesía en prosa es superior á la poesía rimada. Pongo aquí una prosa poética de Zulen que dice algo de la visión inspiradora de la que en un momento á lo menos, fui portadora en su vida, pues declaradamente, fui yo quien lo conduje a seis años de sacrificio de su juventud en una obra humanitaria que ningún premio material cercano le prometía.

Pueden decir los escepticos que Zulen trabajó calculando los futuros éxitos de su labor, capaces de asegurarle puestos civiles y gloria, pero yo, a cuyo lado ha palpitado audiblemente el animo del Secretario General de la Pro-Indígena, sé y afirmo que su corazón intensamente sensible al dolor fué el suelo de donde brotó su campaña, aunque a la luz de la reflexión haya podido vislumbrar alguna vez la contingencia de un tardío premio a sus esfuerzos, contingencia que nunca cogió para determinarla en favor suyo, como lo habrían hecho los ambiciosos decididos.

Las decepciones, las luchas, las amenazas, las privaciones y los golpes sufridos en los seis años de su brega, habrían hecho desistir de su empeño á un espíritu que no hubiera sido de temple grande, y lo habrían hecho capitular con los poderes que lo habrían amparado á trueque de una claudicación.

¿Qué Zulen depuso las armas en 1915? No las habría depuesto si yo no hubiese contestado negativamente, en Junio del año citado, á su dulce invitación: "que nada turbe en adelante la serena amistad que nos ha unido hasta hoy" Zulen habría continuado allado mío su fatigosa brega, y al lado mío se habría extinguido en ese caso la llama fluctuante de su existencia, probablemente mucho antes del 27 de Enero de 1925. Porque fué la brusca sacudida que le dió mi espíritu, involuntariamente más positivista que el suyo, lo que lo hizo reaccionar en el momento, aunque de un modo amargo, hacia la vida presente.

Vamos, pues, a palpar en el trozo "Unción" una vez más la aspiración impoluta de su mente hacia el ideal, revestida

de sus dos cualidades casi imprescindibles: la sinceridad y la intangibilidad.

U n c i ó n

Vino a mí como un vaho de aliento entusiasta por las causas nobles. Al verla, como cuando se vé lo que palpita de sinceridad, he sentido algo que no podría expresar aquí, sobre el papel. La vida—lo sabía—no es solo agitaciones y reveses materiales, contacto de miserias mundanas; es algo que vá hacia lo indefinido, hacia una pureza en que una placidez espiritual lo invade todo para retraernos de los efectos de los sacrificios consiguientes a la vida terrena, mientras una tristeza autumnal—la más bella de las tristezas—impregna en nuestra mirada.....

Otoño, 1914.

Este minúsculo effluvio sentimental por poco no es la célula-gérmen de toda la producción esencialmente individualista y personalista de Zulen. A las imágenes--madres contenidas en esta docena de líneas vuelven con persistencia sus otros poemas. Anticiparé para fundamentar mi aserto, los renglones de "Romántica":

"Y de inquietud unguida
veniste a mí....."

Y recordaré también el cuadro introductorio en "Polirritmo":

"oigo un canto que me dice: se avecina
con mirada tan profunda, tan sincera,
la sencilla

y tan pura y admirable.
redentora incomparable".....

Y luego, en "Amar un ideal", otra de las poesías moral-estéticas de Zulen, recurre, un tanto mas materializado, el diáfano anhelo derramado en «Unción». Y la "tristeza-autumnal" irradia su dorado fulgor de ocaso en "Amanecer de Otoño", que los lectores encontrarán en una página más adelante, y en el "Boceto de la Perseverancia", que el autor escribió, según nota puesta por él al pie de la composición, en Chucuito, Callao, en una tarde de Marzo, mientras por el dorso de la Isla de San Lorenzo el ocaso se hundía en la penumbra".

.....

V

AMAR UN IDEAL

Con la composición "Amar un ideal" publicada en Enero de 1914 en «El Deber Pro-Indígena» y dedicada a Francisco Chuquihuanca Ayulo, el prominente defensor de la causa indígena en Lampa, Puno, acaba de contornearse la figura moral-sentimental de Zulen. En ella se mezcla algo de los sinsabores que le causaba el mezquino medio cotidiano a la exaltación que solía elevarlo hasta las esferas transparentes superterrenas. Pero el sentimiento entero converge a la firme resolución de mantenerse inmaculado y se sublimiza en la fé en lo inesperado que le es peculiar.

«Unción» y «Amar un Ideal» son brotes de un espíritu que participa del estado de alma expresado en el "no mi ne tangere" del Señor ante la Magdalena.

En "Amar un ideal" late la pulsación del redentor que siente hondamente la iniquidad de los tiempos de ocaso y mira hacia las auroras salvadoras, cuya luz es difícil de conciliar.

A m a r u n I d e a l

Las gentes que no viven más que de la materialidad de las cosas no saben cuánto sacrificio cuesta amar un ideal y ser sincero consigo mismo. ¡Tanta miseria moral y tanto convencionalismo encuentra uno en la sociedad en que vive! Si no fuera posible un sólo soliloquio interno, si no tuviéramos confianzas y confesiones con nuestro yo, si no pudiéramos forjar nuestra moral propia, viril, capaz de rebalsar sobre todos nuestros actos externos, ¿qué sería de nosotros? Taine, hablando de La Bruyere, dice: "La virtud era para él un deber de su cargo; un moralista inmoral es el peor de los charlatanes. Vivió en una especie de retraimiento, y bien si fué hombre de mundo, contempló la escena sin convertirse en actor". ¡Qué satisfacción íntima cuando nuestra conciencia moral pueda decir cosa parecida por todo lo que hacemos, redimiéndonos así del malestar que nos produce la contemplación de la comedia mundana!

Muchos males pululan en el presente, pero viene el preludio de acontecimientos inesperados del futuro y a un oasis de iniquidad debe seguir una aurora de justicia. Si no tuviéramos esta esperanza ¿qué nos fortalecería en la lucha?...

Lima, Diciembre 4 de 1913.

VI

UNA MUSA CASTA

En resumen, el pensamiento de Zulengira persistente desde aquel Polirritmo pristino de Abril 1911 hasta el fin de su vida, es decir, entre los 22 a 35 años, alrededor de una visión sublime de pureza, espiritualidad y sinceridad, templada en su luz por una tristeza otoñal.

Nada de aquellas curvas y cabelleras perfumadas, de aquellas noches delirantes y largos abrazos, que hacen el gasto de los postas del montón.

En una carta dirigida de Cambridge, Estados Unidos, a Madrid, cuenta Zulen a Angélica Palma sus aventuras en la Biblioteca de Harvard College y le agrega una muestra de sus «pininos» poéticos en inglés, limpios como un pétalo de flor del campo enviado por el sople de un niño; he ahí la traducción que él mismo acompaña:

Primavera, primavera
en invierno;
Son las nieblas resplandor del sol—
blancas flores la nieve—
una ternura el fuerte viento—
Frio, tristeza, ¿adónde están?

Es muy simple esta composición, cohibida por el uso del idioma aun no bien dominado. Sin embargo, la simplicidad de la expresión no puede restar mérito al delicado concepto:

la mágica transformación que origina en la inclemente estación helada del Norte la influencia atenuante de una sonrisa de mujer joven y bonita.

En el álbum del Dr. Alberto Tiravanti, a la sazón comerciante en Pisco, escribió Zulen los versos «Mis Libros»:

Estos que llenan mi anaquel
constituyen mi vergel.

Cuando la vida con su aire desconsolador
imprime sus huellas,
este triste soñador
encuentra, á pesar de ellas
objetos para amar,
bellezas que guardar.

Cada libro es una amada
y cada amada es un libro:
¿será que me alejo de los vivos
para respirar en la nada?

Dentro de la época de evolución en que vivimos, nosotros los humanos, el amor tiene un derecho indiscutido á ser exclusivista; desde luego, nada de grato tenía para mí el que Zulen estuviese leyendo, como en un libro, con mucho interés y encanto, en el alma de diversas niñas que atrajeran su simpatía, y tenían bastante de crueldad, consciente ó inconsciente, los relatos que acerca de sus ilusiones amorosas me hacia frecuentemente, en calidad de confidente, a quien a la fuerza quería relegar, tal vez, al sitio de una amiga ó consejera maternal.

VII

CONSUELOS

Pero al fin ¿cuál de tantos libros preferiría Zulen, después de mucho estudiar? ¿Cuál sería el tomo del Cuento Arabe en que se condensaría a la postre la sabiduría contenida en los cargamentos de libros llevados por cincuenta camellos?

Vanidad superlativa ó necesidad ineludible de consuelo me hacía concebir que el hombre de mi amor tendría que reconocer aunque fuese años más tarde, que no había mujer más ignal á él que yo en predilecciones intelectuales, en entusiasmos idealistas y en sutilezas espiritual-emocionales. Y mediante el ardid o valor de forjarme una esperanza, cobré las fuerzas indispensables para seguir la jornada.

De vez en cuando me halagaba Zulen con un gesto o un acto que parecía asegurarme de alguna preeminencia en su consideración. En medio de su enorme reserva parecía haberse impuesto la obligación de informarme de lo importante que acontecía en su vida, a la vez que respondía en varias ocasiones al pedido que le había hecho de no dejarme sin conocer las producciones literarias suyas que publicaba en periódicos que no llegaban por conducto ordinario a mi mesa, como por ejemplo «Balnearios» del Barranco.

En el No. 149 de dicha revista, de fecha 17 de Agosto de 1913, se halla inserta la pieza «En un Amanecer de Otoño, que ya tuve ocasión de mencionar.

En un Amanecer de Otoño

Chucuito, 14 de Junio.

Querida Carmen:

Es de Un amanecer de Otoño y en la orilla del mar, desde donde te escribo. La marea está baja; el Océano duerme, duerme como si olvidara su destino. Ayer no más, agitado y furioso, rugía y escandalizaba alrededor. Hoy quiere caer en un perjurio, quiere unirse en consorcio íntimo con el blanco opaco de este Otoño somnolento y frío. El Océano parece un inmenso block de hielo en cuya masa enclavan las naves del puerto.

No hay nada que indique lo tremebundo del agitar constante de las olas. Todo se presenta rígido y silencioso, como el panorama de las cumbres andinas, contemplado por el viajero desde la ventanilla de un tren, en atardecer sin lluvia y sin sol.

¿Y el Sol? ¿Dónde está el Sol? No se le ve. Fué tan enérgico al resplandecer en una tarde de Verano, que quedó aletargado y sin empuje cotidiano para los días estivales.

La Naturaleza contagia su desmayo, su sopor. La silente soledad del que vive solo, vive en mí. Así me encontró el mo-

mento en que me dispuse a describirte aquella glacial joyería, aquella como gama de las cosas que tanto impresionó mi espíritu. Ya ves, Carmen, que no me bebo a ocultas ese néctar de sensaciones, enjaspadas por el rocío de un ensueño contemplativo.

Anoche me dormí pensando en las atingencias de la vida que me alejan de ti; y pensando en que una tarde, allá en Lima, mientras el bullicio de la calle desviaba la atención de las gentes fuera de nosotros, quisimos cogernos al través de nuestros ojos en el suritmo abúlico de un suspiro lánguido. Recordé entonces aquella locución de Balzac en «Les illusions perdues»: «Il s'y rencontre dé ces voluptés qui ne peuvent se savourer que a deux, poete a poéte, coeur a coeur». Y el recuerdo se perfila y surge como si quisiera insinuarse entre picachos exóticos erguidos por perenne ilusionar; y surge como una ideal Venus que pudiera emerger del salpicar suave, de la sonoridad tenue y dulce de una fuentejilla.....

Punto final, querida Carmen. Ahora he poseído el resbalar de la estación en que estamos. Mis solos se cubren de ropajes tenebrosos ante esa aria matinal de Otoño, en que la eterna realidad pura se agiganta grandiosa, inmensa, pero triste, contra la pequeñez humana.—Tuyo. LUIS.

Debe saberse la íntima relación que tiene la supuesta carta de Luis a Carmen con la historia que acabábamos de vivir Zulen y yo:

Zulen había pasado una temporada corta, demasiado corta, en el Hotel Peninsula de Chucuito, Callao, con auxilio de una pequeña suma de dinero que le dió mi madre, en vista del grave peligro que corría su salud, a consecuencia de tareas excesivas.

El recuerdo de nosotros podía estar presente a Zulen, en momentos en que gozaba de una muestra de cariño que él había aceptado visiblemente agradecido. Lo que cuenta Luis a Carmen parece que significara una disimulada referencia a la lucha pro-indígena, que en ese tiempo tenía por completo nuestro horizonte y había comprometido con su intensidad la benevolencia de muchos espectadores y no en pequeño grado, el aprecio de mi madre, que era devota de la virtud.



"Ya ves, Carmen, que no me bebo a ocultas ese néctar desensaciones, enjaspadas en el rocío de un ensueño contemplativo".

"Ahora he poseído el resbalar de la estación en que estamos".

Esa Carmen ha sido posiblemente una mera figura literaria empleada por el poeta que quiso verter su creación en forma epistolar. Pero, tal necesidad literaria, fundida en la positiva Carmen, pudo tener tras de sí un apoyo, en alguna figura viviente, transformada y modelada a capricho del autor.

En mí evocó la lectura de «En un amanecer de Otoño», fechado el 2 de Junio de 1913, un episodio reciente ocurrido durante el diario correr de nuestros días.

La dirección del domicilio de Pedro S. Zulen tenía yo mucha ocasión de conocerla, por la mención que de ella a cada momento se hacía en las comunicaciones pro-indígenas. Sin embargo, me faltaba una noción clara de su ubicación práctica. Ilave es una calle algo apartada entre las de Lima, y en ese entonces no me eran familiares ni los barrios de los Naranjos, ne cuya cercanía se encuentra. Una vez había estado en la mismísima calle de Ilave, de visita adonde el matrimonio italo-alemán Kastner-Battifora, pero estuve en aquella ocasión también escoltada de mis amistades, que no había puesto atención en el camino.

Ahora, la pareja citada vivía en el Prado, en unos altos, y me había invitado a comer. Mis anfitriones me acampanaron en la noche al tranvía, que pasaba casi al pie de la puerta de calle, y me despedí de ellos al emprender mi viaje de regreso al Callao. La miopía de mi vista hace que casi nunca me doy cuenta, en semejantes oportunidades, de alguna persona conocida que aparece su mis inmediaciones. No duden mis lectores de que estuve pensando en Zulen en aquella tarde y noche, consciente de hallarme, excepcionalmente, dentro de sus barrios habituales. ¿Por dónde quedará la calle de Ilave? me había preguntado en mi interior, y quisiera haber pasado de un modo furtivo por su choza como en los versos de «Poliritmo».

Pues, Zulen había estado en el carro del tranvía que yo ocupaba, en un asiento más adelante, y cuando menos lo esperaba, su flexible figura se deslizó por el estribo, y mi compañero de labores, mi amigo, o lo que fuese, se sentó al lado mío. Conversamos no recuerdo qué—el único tema que he retenido en la memoria era el suscitado por una interrogación suya sobre la impresión que yo llevara de una conferencia da Zoi-

la Anrora Cáceres que se había realizado en días anteriores.

Seguimos hasta la esquina de Mercaderes, donde tenía que bajar para dirigirme en dirección al Eléctrico para el Callao. En esa esquina se rompió la tela que había estado tejiendo en un raro rato propicio la araña del amor, y allí quedaron flotando las hebras de la maravillosa hilandera, que tiene dentro de sí leguas y leguas de hilo listo para volver a emprender la obra.

Aquella noche me dormí feliz, porque había sentido de parte de Zulen el misterio de lo Inexpresable, de que habla en «Unción», y que más tarde ha puesto de título a su Tesis para el Bachillerato de Letras: «La Filosofía de lo Inexpresable», con la, para mí, trascendental circunstancia de que un ejemplar de la edición de esta Tesis lleve, de puño y letra de Zulen, la fecha de 25 Junio de 1920, o sea, la fecha de nuestro extraño Desposorio.

La carta del 13 de Junio de 1915

Ideológicamente viene aquí una carta privada de Zulen a mí, que por cierto pertenece a la esfera de su poesía; una carta que, al derramarla sobre el papel, creyó probablemente que nunca llegaría a salir de alguna carpeta discreta de la destinataria. Sin embargo, esta misiva conoce ya la luz de la publicación desde Abril de 1916, en que tuve el valor, bueno ó malo, de matar con mi franqueza «El Deber Pro-Indígena» y la «Asociación Pro-Indígena».

Lima, 13 de Junio de 1915

Señorita Dora Mayer

Callao,

Muy distinguida amiga:

Mi actitud en todo este debate le habrá dado a entender que la idealidad y la pureza no son en mí vanas palabras que hermean el estilo y dan fuerza a mis artículos.

No; así como me revelo en lo que escribo, así como me manifiesto en la conversación, así soy en todos mis actos.

Yo no puedo engañarla. Quiero a una joven que tiene todas las cualidades que podría desear dentro de mis ensueños y de mi modo de ser. Puede faltarle dote o lo que aquí llaman alcurnia aristocrática. Para mí esto no es inconveniente. Me basta verla seria, laboriosa y pura. Ella me ama, como yo a ella; su familia no lo ignora, como tampoco algunos miembros de la mía. Puede ser que sobrevenga alguna cosa inesperada; no importa, me avengo a lo que diga el porvenir; pero nada ni nadie me hará despojarla de mi amor, y si tuviera que resignarme a guardarlo, lo guardaré para mi goce solitario, interior.

Una vez leyendo á Shelley, encontré un pensamiento, mejor una observación, en que me vi retratado; me gustó mucho y siempre la recuerdo: la tristeza tiene su placer, hay un goce de los tristes. Mi vida hasta ahora no es más que un encadenamiento sucesivo de esfuerzos y de sacrificios que han desgastado mi salud y me han quitado oportunidades para adquirir comodidades á costa del trabajo propio y honrado. A ellos quiere Ud. que agregue uno nuevo que significaría quizás mi propia vida, porque jamás podría hacer víctima de un engaño a quien amo; porque necesito del uso amplio de mi libertad para corresponderle como ella me lo pide y lo merece, y porque ese amor me daría las fuerzas que yo requiero para la consecución de mis ideales morales y sociales, tan santos como aquél. Mi goce es éste. Si Ud. me despoja de mis tristezas interiores ¿con qué me quedaría?

Ud. no puede ser para mí más que una amiga, una aliada en las campañas por la libertad y la justicia, y creo que Ud. no tratará de hacer imposible esa amistad, esa alianza, con nuevas insistencias.

Doy por terminada esta historia, y espero que nada turbe en adelante la amistad serena que nos ha unido hasta hoy.

Su amigo

PEDRO S. ZULEN.

.....

Cualquier psicólogo competente que siga con interés la reseña que hago, habrá deducido ya de las muestras presentadas de la producción de Zulen, que él es siempre el mismo, sin aquellas contradicciones tan fáciles de constatar en muchos poetas y escritores que solo buscan la frase sin tener un ideal

propio que expresar, ó que se dejan llevar, como una hoja por el viento, por toda impresión sucesiva que los acomete. Zulen no habla de pureza y se sale después de la pureza; no ensalza la moral y nos sirve luego un plato de inmoralidades; no asegura perseguir un fin noble y resulta á la postre sentado entre las ollas de manjares de Egipto. Zulen puede decir en verdad "Mi actitud en todo este debate (en un debate que yo inicié con el objeto de hacerlo consentir en ser mi esposo) le habrá dado a entender que la idealidad y la pureza no son en mí vanas palabras que hermocean el estilo y dan fuerza a mis artículos".

Pero "la idealidad y la pureza que Zulen con justicia, con severo auto-conocimiento se atribuye ¿qué le permiten y qué le prohíben? ¿Ha hecho Zulen un voto de castidad; predomina en él una obsesión monástica?—

¿Podiera un monge, ordenado por la Iglesia ó consagrado siquiera, por un voto privado, admitir la subsistencia de un amor hacia una mujer y más aún, esperar respecto á esto en LO INESPERADO?

Zulen afirma que ama á una mujer, y sus palabras indican que no desiste de un modo absoluto de la perspectiva de una solución favorable de su idilio.

¿Que mujer ha sido esa, amada con tanta resignación y decisión? ¿Cuál es el impedimento que de ella lo aparta? ¿Cuáles son las atingencias de la vida, que lo alejan de la pseudónima Carmen, que Zulen menciona en "Amanecer de Otoño?"

"Me avengo a lo que diga el porvenir; pero nada ni nadie me hará despojarla de mi amor, y si tuviera que guardarlo, lo guardaré, para mi goce solitario, interior".

Muy liviano hubiese de ser el espíritu del crítico que analice estas líneas, si atribuyese liviandad al autor que las escribió. Esta carta respira una sinceridad y serenidad que la identifica con la personalidad de Zulen jamás desmentida en su literatura entera.

VIII

IDEAS-HILOS

La recurrencia infalible de las mismas ideas-hilos en toda la meditación de Zulen se nota con gran relieve en las mu-

chas composiciones suyas que ya he hechò pasar revista. Como la araña forma los cuadros sintéticos de su tela, anudando el hilo en las hebras tendidas primero, así teje Zulen sus nuevas poesías, amarrándolas á sus confesiones anteriores de emociones en el fondo siempre iguales.

En la carta de 13 de Junio, Zulen dice que se encuentra retratado en una observación de Shelley: "La tristeza tiene su placer; hay un goce de los tristes". Esa alma sensitiva suya se había acostumbrado á la compañía de dos suaves amigas: *la tristeza y la soledad*. Zulen amaba la soledad para los soliloquios con su yó, á que se refiere en «Amar un Ideal». Con sus dos Angeles Tranquilos está el poeta, amigo de Eguren, en un «Amanecer de Otoño», cuando termina su expansión: "Mis solos se cubren de ropajes tenebrosos ante esa aria matinal de Otoño, en que la eterna realidad pura se agiganta grandiosa, inmensa, *pero triste*, contra la pequeñez humana". Y en «Unción. "la tristeza autumnal, la mas bella de las tristezas"

No os reís, piadosas lectoras mías, algunas de las cuales hayais aprendido tal vez por el camino de la vida qué es querer, no os reís si articulo la pregunta: ¿habrá atraído á Zulen hacia el culto de la *tristeza autumnal* la edad de Otoño de una mujer que lo amaba con un amor pocas veces habido en la Tierra?

IX

ROMANCE

Ha podido ser Zulen en realidad tan insensible como se fingia, á las persuasiones afectivas de una mujer que, aunque exenta de dotes externos que pudieran seducir a un joven, poseía no obstante prendas no despreciables para un intelectual, idealista y moralista?

Zulen pone una cita de su vate predilecto, Shelley, a su poesia "Romántica", publicada en "El Verbo Estudiantil" de Jauja, de Junio 5 de 1918. "Romántica" es mi biografía de aquellos años de dolor, relatada en cinco versos concisos.

Romántica

¿Qué es amor?
— Pregunta a aquel
que vive, que es vida.
Pregunta a aquel
que adora, qué es Dios.

Shelley.

Te vi
y me miraste
tu alma bebi.
Hallaste
el eco enmudecido
del vencido
de dolor.

Te vi
y me miraste
tu alma bebi.
Rimaste
perdida arcanamente
en silente
soñación.

Te vi
y me miraste
tu alma bebi.
Brindaste
la flebil melodía
todavía
ilusión.

Te vi

y me miraste
tu alma bebi.
Lloraste,
lloraste ensordecida—
¿por que será la vida
así?

Y de inquietud ungida
veniste a mi.
Tus ojos húmedos vertieron
misterio y dulzor,
y tus labios se estremecieron
en un ósculo de amor.....

Jauja, Junio de 1918,

.....
"Romántica" podría haberme convencido de que el Sordo

oía.
Esta pieza literaria había sido antecedida por otra, en «El Verbo Estudiantil», un soneto "Soñaba", publicado el 18 de Mayo.

Soñaba

Soñé que me hallaba contigo
y que oprimías tu rostro en el mío—
Febriles tenías las manos,
Pero tus ojos estaban divinos

Me diste los labios eternos
como los días ilusos y tiernos
allá en la plácida selva
cuando la vida volaba de ensueño.

Aquellos instantes furtivos
que revivieron amores perdidos
Un algo sutil nos unía—

Idealidad de las almas henchidas
fervor de supremo latido.....
Pero soñaba, estaba dormido.....

14
De 1915 al 1918 ¡cuanta agua había corrido, no en el tiempo cronológico sino en el psicológico! Habíamos ido los dos hasta Estados Unidos de Norte América, y apenas nos habíamos visto en tres años; la obra de la Asociación Pro-Indígena yacía en ruinas; y Zulen, como un hombre distinto y nuevo, recién recuperando vigor, después de mortal dolencia, era en Jauja, no ya tanto el Paladín Pro-Indígena, como un intelectual académico. A él le parecían más lejos que a mí los "amores perdidos—allá en la plácida selva", por que él no había en el entretanto vivido para mí, como yo para él.

"Soñaba—estaba dormido—soñaba que me hallaba contigo y que oprimías tu rostro en el mío".

No era sino un sueño, un recuerdo tierno de un tiempo bueno "cuando la vida volaba de ensueño". Recuerdo también, lo sé, de una hora intensa, en que le tomé las manos y lo miré, rogándole por amor de Dios, tenerme compasión.

Fué un sueño en 1919. Y en 1920, el 25 de Junio, se hizo verdad, con sus detalles esenciales, aquello de que se hallara conmigo. Se hizo verdad el 25 de Junio de 1920, día de la primera y casi única vuelta de Zulen a mi casa, en Loreto 45, Callao, después de haberse despedido de mí allí mismo, para no regresar, con faz tranquila y tristemente sonriente, el 16 de Julio de 1915, al mediodía. El 25 de Junio, que llama el día de nuestro desposorio, porque Zulen me exigió entonces una resolución que habría sido en él blasfemia pedir sino en nombre del Amor Unico.

X

ZULEN ESPIRITISTA

Desde época temprana de mis conversaciones con Zulen supe que él hacía experimentos espiritistas, interesándole el espiritismo, con sus principios de orientación científica, como le interesaba todo objeto de conocimiento. Su curiosidad infinita no podría detenerse ante un arcano tan sugestivo como lo son los fenómenos de materializaciones que no hallamos propias de nuestro mundo usual. En mí tropezó su inclinación a las aludidas investigaciones con una decidida oposición, sobre todo porque temía por el daño que en su delicada constitución ocasiona el gasto de fluidos vitales que sin duda hay

que efectuar en las concentraciones anormales empleadas en los ejercicios espiritistas. Eso, además de que he sentido, quizá por educación, moralmente antipatía al espiritismo, considerándolo contrapuesto a la fé, en la misma medida como lo es la materia al espíritu.

Zulen me contó como, antes de conocerme, había venido una noche al Callao, por vía espiritista, desprendiendo su cuerpo astral, y había sentido el aire frío que soplabá por la Carretera. También me dijo que la comunicación espiritista se manifestaba por medio de una sensación en el antebrazo. En obsequio a su deseo hice para él un par de traducciones del inglés de artículos sobre sesiones de espiritismo, de Mrs. Piper o Madame Paladino, etc., pero siempre con abiertas protestas de repugancia. No omití pensar en los sustos que pasaría una esposa al verse en el trance de que su compañero había dejado salir a pasear a su cuerpo astral.

Mi vida se hallaba hasta entonces perfectamente virgen de fenómenos "sobrenaturales", salvo que entre las anécdotas familiares que se relataban en mi hogar, hubo uno que otro de casos de telepatía.

La poesía "Vahido" parece relatar una experiencia personalísima y en rigor de verdad, espiritista, de Zulen. «Vahido» y «El Vallezuelo» fueron los primeros obsequios con que fui favorecida cuando pedí que Zulen me hiciera partícipe de sus escarceos líricos.

Aunque en la Bibliografía del Número Conmemorativo del Boletín de la Universidad Mayor de San Marcos, las dos composiciones figuran como publicadas en «Balnearios» de Mayo 7 y Junio 4 de 1911, yo las he conocido solamente por copia escrita a mano en mi casa, por el autor, más o menos en esos mismos meses.

Vahido

(Polirritmo)

Cierta tarde que miraba el firmamento
una sonoridad lejana percibí,
la brumosa vaguedad de los augurios sacudióme:
la emoción se hizo para mí.

Y solos, fugaces, mis labios rimaron;
una onda irrespetuosa me violó;
luces frías alumbraron en mi rostro,
la cohesión de las cosas se esfumó.....

¿Quién podría jamás adivinar qué experiencia psicológica ha descrito Zulen en esta pequeña confidencia severamente subjetiva? El nos ha contado lo que le ha sucedido, y sin embargo, nos queda vedado entender lo que cuenta.

Aunque nunca me he reconciliado del todo con el principio del espiritismo, que se me presenta como la antítesis de una sana espiritualidad, he llegado, durante la odisea de mi alma, a creer mucho y demasiado, en el poder espiritista de Zulen. Me he imaginado tener repetidísimos contactos telepáticos con el ausente, aún desde la distancia de Cambridge, Mass., al Callao, y he registrado experiencias y sueños de una significación sorprendente y apenas negable.

XII

UNA TORMENTA

Con un fondo muy diferente aparece otra poesía que detalla un momentaneo afecto psicológico, aquella titulada «Y se acerca la tormenta», publicada en la «Evolución» de Huancayo, de Mayo 6 de 1918. He ahí una reminiscencia del viaje de Zulen al Sur, en 1915, cuando visitó Puno y el Lago Titicaca. La publicación en el periódico de Huancayo es una traducción en poesía métrica del trozo en prosa que inscribió Zulen en el álbum de autógrafos de la Srta. Miguelina Acosta Cardenas, con quien trabó una pasajera amistad a raíz del brusco retiro de mi casa en Julio de 1915 y la comprometió para administradora de su semanario «La Autonomía». (Julio a Diciembre de 1915).

Siento no tener en mi poder ni la versión en prosa, ni la en verso de «Y se acerca la tormenta». «La Crónica» del 9 de Febrero de 1915 publica la descripción narrativa de la aludida experiencia de viaje en un artículo titulado «Entre los aimarás de Chucuito». Allí dice:

«Hemos tomado nuestra balsa. Nada nos ha hecho presentir lo que vendría horas después. Una tempestad furiosa nos ha sorprendido en el lago, cuando todavía estábamos distantes de Puno. Pero se ha puesto a prueba allí la pericia de Marcos Yupanqui, el indígena que nos conduce. La navegación ha estado llena de peripecias y peligros, y no se sabe qué admirar más en estos indígenas, si la previsión más segura de los vientos y de las tempestades, de su hora, dirección y duración; si el dominio más completo en el manejo del remo y la vela,

hasta en las situaciones más desfavorables." (En Puno, 29 de Enero de 1915).

Cuando Zulen escribió en el álbum de la Srta. Acosta Cardenas, el anuncio de una tormenta en su vida sombreaba sin duda su ánimo. La tormenta de la maledicencia social que estaba por desencadenarse en Lima, a impulsos de la controversia entre las dos figuras resaltantes en la Asociación Pro-Indígena, parecería a Zulen más temible que la tempestad de rayos y truenos en el alto lago de los Andes, y, haciendo posiblemente confesión sincera del estado de su alma, trazó la rara línea:

«Sentí miedo y me acurruqué».

Digo rara, porque un hombre no admite, por lo general, que pueda sentir miedo, y Zulen no dijo miedo cuando describió llanamente sus experiencias ante las cóleras de la Naturaleza. La tempestad de su poesía es simbólica.

En las postrimerías de su vida vuelve Zulen, conforme a su costumbre, a la imagen de una impresión pretérita que anida en su corazón, y dedica su tesis para optar el grado de Doctor en Letras, Lima 1924, a Mariano Ibérico y Rodríguez, con la leyenda siguiente: «que descendió de la Montaña a guarecerse en el sol crepuscular del Lago».

Es una dedicatoria extraña, cuyo velado sentido no sé si el agraciado habrá entendido. Estoy segura que el lago en referencia es el Lago Titicaca.

XIII

DEDICATORIAS

Zulen tenía una predilección por anteponer a casi todos sus escritos una dedicatoria a algún hermano intelectual. A mi me daba cólera, expresándolo en lenguaje vulgar, esta obsesiva costumbre suya, pues, decía yo ¿quién, entre tantos, ha correspondido jamás a Zulen aquella honra que solía conferir?—ni uno cuyo nombre haya cruzado por mi vista. Ni Eguren, que tenía sobrado motivo para retribuir al amigo su enorme cariño y su admiración proselitista.

En mi concepto, la reciprocidad en las atenciones es la piedra de toque de la igualdad de rango entre los individuos respectivos, y cuando una igualdad de rango no existe o no es

reconocida, debe el que aparece colocado en categoría inferior tener mucho cuidado de no hacer protestas innecesarias de subordinación.

Recuerdo que en una ocasión en que Zulen había pedido mi juicio sobre una carta-contestación a una correspondencia que le enviara el célebre publicista inglés James Bryce, le insinué que cambiara un párrafo que a mi sentir expresaba una modestia exagerada. Aunque se dice que la humildad es una virtud, yo la miro con mucho recelo, porque me parece que se halla a un paso del servilismo, deliberado o indeliberado.

La tesis «La Filosofía de lo Inexpresable: Bosquejo de una interpretación y una crítica de la filosofía de Bergson», lleva la inscripción: «A Victoria en el alba de la inmortalidad». Es un hermoso homenaje del autor a la memoria de una hermana menor suya, muerta en botón en las heladas de Jauja, en 1918, cuyos despojos reposan entre las flores silvestres de un rústico cementerio a unos 3000 metros sobre el nivel del mar.

«Amar un ideal» está dedicado a Francisco Chuquihuanca Ayulo, un hombre que es merecedor de cualquiera compensación por su árido sacrificio entre los indios de Lampa y el Madre de Dios. «Unción» ha sido entregado al nombre de Arturo E. Delgado, un fiel amigo de nosotros desde los tiempos de la Asociación Pro-Indígena, quien perpetua anhelos de idealidad en medio de sus enérgicas luchas de pequeño minero en la provincia de Cajatambo.

A José M. Eguren apropia Zulen su composición «Pampsiquismo» (Setiembre 1911), fruto evidente de sus coloquios con aquel poeta:

Pampsiquismo

Una malla enmarañada y zarcillosa,
que se extiende por los bosques inviolados,
lleva oculta entre sus redes, orgullosa
los racimos de unos frutos anhelados.

Imaginan los que piensan—; son humanos!
que allí tienen bajo sombra sus moradas,
de los seres y las cosas los arcanos.
¿Creaciones infantiles de las hadas?

¿Es la malla que tuvieron presentada
los antiguos de la Grecia pensadora,
la que encierra los misterios de la vida,
que medita mi conciencia soñadora

Si los sabios le sondean
sus sinuosas convergencias,
e incumben y plantean
agotando irreverencias,
con los iones que ellos crean,

¿He de fiarme de su ciencia fermentada?
¿ni del vulgo que prodiga la sentencia,
ese vulgo que este mundo delucida?
Y con todo ¿es la malla existencia?
objetiva en la materia? ¿dó se anida?...

Dejad a mis poetas, los que riman ilusiones,
los que glorian la conciencia, creadora de la malla,
cantar el devenir, con baladas y canciones
que es la urna inmateriaada, verdadera, donde se halla.

Lima, IX, MCMXI.

En estos versos que necesitan ser leídos varias veces para ser entendidos, afirma el poeta—no poeta de lugares comunes—su oposición, demostrada de principio a fin en sus críticas filosóficas, a toda tendencia de organizar «irreverente» una teoría mecánica del Universo, y subordinar los fenómenos morales a los físicos, en vez de anteponer la esencia inmaterial a la sustancia material.

Pampsiquismo: todo es alma, todo es espíritu.

XIV

MUSITACIONES TEMPRANAS

Como arrancando de nuevo del principio de la historia de la vida, voy a insertar ahora la efusión «En el Vallezuelo», que es una efusión escrita por la mano del autor al dorso de «Vahido»:

En el vallezuelo.....

En el vallezuelo de espeso bosque
sobre un tronco de árbol decansando está,
es el forastero, el divino anciano
con la cana estoica de su gravedad.

La laguna mira—sus ritmos, sus ondas,
la música escucha, que danzando van—
se halla contemplando, viendo el panorama
que las aguas castas reluciendo están.

Yo que no he salido de los matorrales,
de los despoblados de mi juventud;
yo que tengo afanes; cuánto bebería
de esa dulce fuente de la senectud!

Yo que me vislumbro tristezas, venturas,
yo que necesito saber donde voy,
con ese longevo yo estuve una tarde—
él me dijo todo, todo lo que soy.

El me ha aconsejado marchar por la senda,
seguir el camino, del amplio ideal,
aunque el rostro surca de magullaciones,—
vivir esa vida que se llama *irreal*.

¡Obra, este verso, de un joven de veinte años! Obra de un espíritu ponderado en los umbrales de la primavera, al cual no le atraen los placeres frívolos de sus contemporáneos, sino la grave magestad del saber, de la experiencia y del consejo de un anciano, quien acierta en revelarles las insondadas capacidades de su Yo moral.

¡Espíritu virgen, que no ha salido todavía de los matorrales, de los despoblados de su juventud!

Todavía Zulen no se ha hecho devoto declarado de la Tristeza—bien sabe que en la vida no pueden faltar dolores, pero también espera en venturas. Y del cáliz de la experiencia sorbió más tarde el néctar de sus dos ilusiones mezcladas y sustanciadas: tristeza dulce y ventura triste.

La sabia palabra del Longevo lo decidió a marchar por la senda del amplio ideal, cueste lo que cueste, y escoger el partido que para el espíritu es lo *real* y para la materia lo *irreal*.

El mundo, la vida, estaban por delante de Zulen, como un enigma, como un portentoso inefable. Se le retenía en el hogar con mil lazos de ternura, a él que era tan suave que tendría forzosamente que sufrir, echándose en el torbellino del rudo egoísmo de las sociedades extrañas e insensibles; pero el afán de avanzar desde lo pequeño hacia lo grande, desde la aldea hacia la metrópoli, agitaba sus alas, como suele suceder, en el pecho del hijo aventurado de amante madre.

Y vino el destino, y rompió el sello de los días hogareños inviolables, y llevó al talentoso joven a espinosa peregrinación..... hasta la Argentina, hasta las cimas de Huancayo y Jauja, hasta Harvard College en el Continente Sajón.

De su viaje en Sud América, la primera salida de su país natal, escribe Zulen en una postal de saludo dirigida a la Srta. Miguelina Acosta Cardenas [Enero 1o. de 1916]: «Puedo decirte que si hallo el descanso que necesitaba, no encuentro la tranquilidad, el placer. Pero, esa es la vida!.....»

Yo sabía que así había de ser: a la vez que la curiosidad del genio adolescente pedía satisfacción, la mejor satisfacción no podía haber, por fin, para el corazón engreído, sino en el cálido ambiente del lugar de la cuna. «La Vuelta al Terruño» es para el hombre sentimental el faro verdadero en sus viajes.

Yo, que por mi mayor edad o quizá más bien, por mi diferente constitución psicológica, preveía todo lo que Zulen se porfiaba aún en descubrir por sí mismo, le disuadí siempre de sus planes inquietos de exploración, queriendo concretarlo a la obra redentora dentro del Perú.

Diferente y afín ¿reconcilianse las dos cualidades? ¿*Oposición e identificación*, pueden fusionarse en una? Creo que el milagro se ha hecho en nuestro caso.

Yo como Zulen, nunca había abandonado el techo paterno, excepto para dos excursiones a la Montaña de Chanchamayo. Los muebles de mi casa nunca habían sido movidos desde que aprendí a leer. En una calle apartada del Callao se yergue mi domicilio frente al mar inmenso; en un rincón sosegado de Lima confronta la casa de Zulen el cielo azul, los vanguardias de la serranía y el esbelto tronco de elevadas palmeras.

La tormenta que lo emprendió contra nosotros, nos arrancó a ambos de la paz de nuestros lares; acabó con el principal del ajuar que me dejaron mis padres; hizo caso omiso de mi

repugnancia a la aventura; me quitó el suelo de debajo de los pies y la sombra de seguridad que estaba tendida sobre mi cabeza; mientras que en la familia de Zulen, numerosa y unida, abrió fatales brechas de muerte y separación.

Diferente el medio en que cada uno de nosotros había crecido, era sin embargo igual en el sentido de un hogar severamente virtuoso. Igualmente celosos los dos del principio de la idealidad, lo eramos de una manera distinta. Eramos en la forma dos y en el fondo uno.

XI

ZULEN SOÑADOR

Estamos todavía en el año 1911, el año en que se había operado un cierto estrechamiento de confianza entre nosotros, por motivos que delucidaré en seguida, y en que me traía Zulen con placentero afán sus cosechas poéticas. Escrito en máquina tengo en mis graneros de dicha estación el soneto

Ocaso de ensueño

Recostado sobre un palo, en la terraza
deifico impresiones de tristeza.

¿Qué me invade? ¿la dulzura soberana,
inefable, con sus lauros de grandeza?

Ni el oleaje inmanente del oceano
interrumpe mi proceso subjetivo:
me aletargo ruboroso sin su canto,
me reclino solitario..... ¿Dónde vivo?

¿Esfumada la materia! ¿Qué yo siento?
¿qué vislumbro? Solo existe pensamiento.
Oh, esclava de las formas ¿tú qué piensas?

¿Destruirme esa mente divagante,
el letargo que tenía por delante?

.....
Dulce sueño ¿do te has ido? ¿Me desdeñas?

Esta producción pertenece, como «En un Amanecer de Otoño», a la temporada de Chucuito, Callao.

Zulen era, por constitución psíquica natural y muy acentuada, un soñador. Si la ruda voz de la realidad inmediata no le hubiese dado nunca un alto, habría caminado el espiritual joven de año en año, preocupándose únicamente de filosofía, de historia, de estética, y de una que otra amistad selecta; habría caminado con su lento y flexible andar, incapaz de atropellar a nadie, aunque distraídamente hiciera colisión suave con algún transeunte. Abstraído en la pureza de la soledad, o embargado por el trabajo humanitario improductivo, habría olvidado de buena gana las impertinentes sollicitaciones del positivismo.

Lo incondensado, lo inexpresable de «Unción» debió permanecer diluido en la atmósfera alrededor de Zulen, para que él no fuera puesto en desconcierto con su ingénito temple moral. Y fui yo quien causó en su atmósfera una precipitación de elementos que cambió el día sereno en un firmamento nublado y tempestuoso. Lo que debió quedar eternamente suspendido en lo inconfeso y no interrogado, fué obligado a retraerse de la suspensión y refugiarse tras lejanos cerros, si no consentía en derramarse como lluvia benéfica sobre el campo que lo invocaba.

En Setiembre 1911, había dado yo un paso que según la tradición, una mujer no debe dar: había tomado el partido de revelar a Zulen en una carta la pasión que sufría por él.

Imponderable sorpresa causaría sin duda en el destinatario, la epístola referida. La brusca confesión mía hubo de ser para él un despertar de su estado querido de soñación. Profanada una tenue visión, lo confrontaba de repente un casi grosero problema práctico, y estremecido de frío exclama el bardo:

¿Destruirme esa mente divagante
el letargo que tenía por delante?.....

Tal como a una avocilla que apenas toma confianza a un ser humano que la observa, se le espanta cuando se adelanta un movimiento imprudente, así había yo, es posible, espantado en Zulen el dulce sueño que absolutamente no se había decidido todavía a posarse en mi hombro y entregarse a mi cariño.

Mi vehemencia había acarreado quizá, el desastre irreparable de mi más caro anhelo.

Pero nó, la súbita impresión del primer momento tuvo oportunidad de atenuarse; el ave no voló; se quedó en el sitio y aunque disgustada y perturbada, dió vueltas alrededor del magnetismo del amor sincero y puro que se le brindaba.

«Te quiero cuidar y te quiero querer, por tus ojos profundos y tu bello canto», le decía yo—y él me contestaba: «no os quiero»—y más tarde, en la carta del 13 de Junio de 1915, agregó: «quiero a una joven—ella me ama como yo a ella,—es seria, laboriosa y pura. Necesito del uso amplio de mi libertad para corresponderla como ella me lo pide y lo merece. Ese amor me daría las fuerzas que yo requiero para la consecución de mis ideales morales y sociales. Si Ud. me despoja de mis tristezas interiores ¿con qué me quedaría?»

Y replicaba yo: «dame el nombre de la que tu amas. De mí puedes decir que sería una fuerza que te sostuviera en tus ideales morales y sociales. Y ya que la tristeza perenne no puede ser elemento de salud, toma de mi temperamento un sorbo fresco de alegría».

Inútil argumentación ante las razones recónditas de Zulen. Hoy reconozco que desgarré con mano torpe el diáfano tejido que hacia la soñación de mi amado y que mutilé, si no destruí del todo, la delicada simpatía que me tuviera.

Sin embargo, cuando me pregunto si yo pudiera haber elegido en 1915 otra actitud de la que adopté, no me resuelvo a contestar que sí, ni aún con la experiencia adquirida. Por que mi carácter pedía sus derechos de su lado, como el de Zulen del otro.

A no ser por aquella, tantas veces citada carta del 13 de Junio de 1915, en que dice: «amo a una joven», y describe sus condiciones prácticas, podría haber asegurado que Zulen no haya amado jamás sino a una mujer ideal, a una visión etérea, nunca hallada en forma tangible. Luego puedo haberme hecho la presuntuosa, y no obstante, algo fundada ilusión de que él haya creído haber encontrado en mí, en los días de «Polirítmico» y de «Unción», una aproximación viviente a la imagen soñada..... A la constitución espiritual de Zulen le bastaba entretener con esa mujer semi-ideal, semi-real, la relación de una delicadísima amistad, como aquella a cuya continuación él me invita en la epístola consabida. A mí, en cambio, no bastaba esa relación—no porque tuviera vehemencias materialistas, inferiores al concepto sublime de Zulen, como conjeturarian, por supuesto, los vulgos, sino porque en casos semejantes la posición de la mujer no puede nunca ser igual a

la del hombre. La mujer ama el ensueño de un hogar como no lo ama el varón antes de ser domesticado por la disciplina misma del matrimonio formal. Además, Zulen era hijo mimado de una familia que lo adoraba, mientras que yo me encontraba llorando sobre las ruinas de un hogar, que había sido de cuatro miembros, y que acababa de reducirse a uno: a mí sola.

Durante cuatro años, en vida de mi madre, había yo soportado mi suerte, forzándome a una paciencia inevitable. Pero para el calor de mi alma hubo necesidad de más que las visitas eventuales de un amigo, con los que dolorosamente me había conformado hasta entonces; yo luchaba por mi salud y mi vida misma, cuando imploraba a Zulen que consintiera en llenar el vacío de compañía y afecto que me rodeaba en lo que fué templo de mis lares.

Zulen pensó en motivos suyos para no acceder, pero yo he sentido como una crueldad helada el que solo pensara en sí y no en mí.

XV

EL ERRANTE

Zulen se hizo errante desde el momento en que se despidió de mi casa para siempre casi, el 16 de Julio de 1915, y se separó de la Asociación Pro-Indígena, retirándose, para no encontrarse conmigo, de las sesiones que semanalmente se celebraban en casa del Dr. Capelo. Aquel estado de ánimo que revela en su ya mencionada postal a la Srta. Acosta Cárdenas, de Enero 10. de 1916, se hace permanente en él: «Puedo decirle que, si hallo el descanso que necesitaba, no encuentro la tranquilidad, el placer.....»

A partir del rompimiento en el seno de la Asociación Pro Indígena, él que había sido fundador y Secretario General de esta gran obra emprendida en el Perú, se sintió decepcionado y desconcertado. La vocación del alma de Zulen se había enfocado en aquel centro de labor, concreto y vasto a la vez—concreto en la aplicación del humanismo ingénito suyo a un problema inmediato, netamente local, y vasto, en la concepción suya de un humanismo universal, redentor de todas las castas de méritos irretribuidos y de desenvolvimiento cohibido.

Cuando sacudí el plácido letargo de la mente del soñador por vez primera, con mi carta del 11 de Setiembre de 1911, en que definí el sentimiento de mi amor al que no deseaba definir nada, porque definir es asunto de mentes despiertas y positivistas y no de soñadoras, cuando di esa sacudida, Zulen se sintió contrariado como todo durmiente a quien se le interrumpe el reposo, y con la maña de tales durmientes buscó tregua y volvió a soñar sonriente.

Pero la segunda sacudida que di, cruel yo también para con él, a ese soñador, lo obligó a despertar de veras.

Abiertos los ojos, vió Zulen delante de sí toda una realidad que instintivamente había evitado contemplar.

Un crudo problema práctico lo arrostraba, que yo, más racionalista que él, había visto desde hace tiempo, sin ocultarme su gravedad. El camino en que estaba Zulen era «caminito a la muerte». Zulen no hacía nada, o casi nada, por la vida. En sus afanes por la Pro-Indígena descuidaba hasta sus horas de comer y reposar; ganaba, es cierto, respetos y una buena fama que pudieran servirle para la obtención futura de una posición social, pero contraía a la vez enemistades capaces de cruzar su porvenir mucho antes de que maduraran los frutos de su lucha, y se atrasaba largamente en su carrera universitaria. A cada momento le advertía a mi colaborador que él no media las fuerzas que le habían cabido en suerte recibir: sus planes de estudio eran inmensos: quería dominar la filosofía clásica en sus diversos idiomas originales; entender el alemán, inglés, francés é italiano, y llegar a saber latín y griego.

Zulen se mataba, Zulen se moría a pausas a mi lado, con su ligera tosecita seca y su tristeza crónica, atenuada por la dulzura de su suave sonrisa. Zulen presentía, se puede decir, la incapacidad de su constitución física para las campañas del meacantilismo indispensable para el sostén material, y para no confesársela, no miraba lejos.

Habría sido, sin duda, más piadoso en mí el dejarlo morir.

Pero yo no podía resignarme a dejarlo morir.

Yo no podía conformarme con la perspectiva de presenciar los centelleos postrimeros de una llama débil, cada vez más débil, y llegar al momento de la extinción completa—la extinción completa de la chispa que era mi deleite en el mundo.

Queriendo fortificarlo, queriendo conquistar el privilegio de infundir la mitad de mi vida en la suya, emprendí mi odisea, parecida a la de Evangelina de Longfellow, con un desenlace trágico, tal como lo tienen hasta ahora todas las historias de los grandes amores.

Zulen despierto a la fría interrogación de los problemas prácticos, sintió, sin la menor duda, que carecía de fuerzas físicas para erigir un hogar. Si lo hubiesen dejado soñar, habría quedado dormido hasta hundirse insensiblemente en el sueño eterno. Despierto, sintió la vida—sintió que había que hacer algo para formar una base económica—vió que su padre estaba ya acercándose a la ancianidad, y que una numerosa familia de hermanos menores se arrimaba junto con la madre, a la sombra de su responsabilidad y sentimiento del deber.

Casarse era imposible para Zulen, si no quería aceptar la modesta, pero suficiente, base económica que yo, heredera de la fortuna de mis padres, le ofrecía. Su orgullo o dignidad de hombre se resistía a aparecer ante la sociedad, como un beneficiado por el matrimonio conmigo, y en esta resolución se afirmó más y más, obstinándose ante los empeños que yo tomaba para persuadirlo a lo contrario.

En medio de esta breve explicación de la conducta de Zulen, que creó la acertada; cuántos detalles psicológicos, cuántos incidentes casuales caben, que complican el aspecto del asunto! Luchan en el espíritu de Zulen una voluntad de rechazarme con una simpatía hondamente afianzada en seis años de hermosa colaboración y a veces resuscitada, si en otras amenguada, por mis misivas posteriores, buscando una solución satisfactoria de nuestro entredicho.

Las líneas inscritas en el album del Dr. Tiravanti, las he tenido siempre por sinceramente características de la peculiaridad moral de Zulen:

«cada libro es una amada
y cada amada es un libro.»

Zulen era, ante todo y sobre todo un curioso científico. Zulen ha tenido curiosidad de leer en mí psiquis, e intencionalmente me ha retado y provocado para estudiar mi carácter y temperamento en las situaciones más árdas. Para poder voltear las hojas del libro de mi alma ha empleado ingenio y arte, deliberación y manejo despiadado. Si ese era un modo de querer de Zulen, he podido conformarme con él, porque ahí,

como en todo lo perteneciente a los niveles inmateriales, tenemos contacto de gustos e impulsos.

Una mujer que le llevaba más de veinte años al objeto de su amor, no podía, por supuesto, contar mucho con los atractivos del forro para vencer en la lid. La peculiaridad de Zulen de interesarse en el interior psíquico de la mujer era en buena cuenta, la razón de ser de mi idilio y la disculpa de que me haya forjado esperanzas de poder ser distinguida por la predilección de mi elegido.

Tenia la aseguración explícita de Zulen de que él no contaba la juventud por los años de edad, por lo que estaba excusada de hacer alto en la declaración hecha en su carta del 13 de Junio de que amaba «a una joven.»

La mujer que no es joven en años tiene que estar contenta con ser amada de otra manera que una mujer que lo es, y yo me manifiesto muy conforme con haber sido amada de Zulen como un libro predilecto, con tal que no se me niegue que yo soy la mujer anónima de la carta del 13 de Junio, ya que nunca he sabido que prójima alguna se haya presentado como competidora en mi reclamación. Aunque aleguen lo que quieran los que no han conocido como yo a Zulen, es obvio que nunca he llegado a ser del todo indiferente a éste, cuando se considera las excéntricas manifestaciones que de plazo en plazo me ha dirigido hasta el año 1921, desde Cambridge en Estados Unidos de Norte América.

El nombre de este capítulo es igual al título de una composición de nuestro poeta, publicada en «Balnearios» en 1923, la cual por una ingrata casualidad no he tenido la suerte de conocer. Si algún amigo intelectual tuviera un ejemplar de ella y me la quisiera prestar ú obsequiar en copia, un gran premio impalpable de gratitud recibiría. Me imagino adivinar cómo será la leyenda de «El Errante» ¡pero cómo pudiera yo omitir cualquier empeño para completar mis exploraciones en la psiquis de Zulen!

XVI

EL ÚLTIMO ECO

Ya decía que de las poesías de Zulen me tomaba siempre para mí un eco, una frase de entre la composición entera que tenía la fuerza superlativa del sonido mental suficiente para ser suspendida con tenacidad estática por los iones de la memoria.

Zulen, errante desde el momento que se ha despedido de mí y de la Asociación Pro-Indígena, simboliza su nueva posición en el título del semanario que funda en Julio de 1915: «Autonomía». En este órgano periodístico exclusivamente suyo, iza la bandera del federalismo y la descentralización, teorías políticas a que lo ha llevado en aquella etapa su búsqueda de un medio de salvación para la verdadera población peruana, la de la Sierra y los campos, la más netamente aborigen.

Sabido es lo que pueden vivir entre nosotros los periódicos de tésis independiente.

Al fin del año, Zulen dirige su atención a un asunto de familia, y parte en viaje a Chile y la Argentina. De regreso en los primeros meses de 1916, parece esperar todavía un arreglo de la dificultad conmigo, en una forma que a mí no se me ocurrió adoptar. Vienen entonces mis publicaciones en «El Deber Pro-Indígena» de Abril de 1916, y se liquida finalmente el problema de la Asociación Pro-Indígena. Tras una corta excursión al Centro de la República, gira relacionada todavía con la labor antigua, el ex-Secretario General de la Institución de nuestros desvelos y nuestra cooperación, abandona el país, con rumbo a las aulas de Harvard College, en Cambridge, Massachusetts. La salud de Zulen está en esa época delicadísima; el regresa al Perú en Noviembre del mismo año de su partida, 1916, y los tres años siguientes lo tienen en San Mateo y la región de Jaaja, procurando conservar su existencia asediada por enfermedad implacable, como él mismo dice en uno de sus discursos doctrinarios de 1918.

En 1919 regresa a Lima, bastante repuesto, y se gradúa de bachiller en letras con la tesis: «La filosofía de lo inexpresable». En Junio de 1920 medita la continuación de sus estudios en Harvard College, y me hace el 25 de dicho mes la

inolvidable y extraña visita espontánea en mi casa, Loreto 45, altos, Callao; el 26, el día siguiente, se despide de mí, diciendo: «¿no cree Ud. que es para mí un sacrificio irme a Estados Unidos?». Dos días después, el 28 de Junio de 1920, se embarca en el «Ebro» para su viaje a Nueva York.

De Cambridge me envía Zulen una última misiva espontánea, una carta singular, de facción literaria tan fina que merecería insertarse entre sus poesías; un pequeño documento escrito a máquina con la nitidez característica de las obras de ese espíritu estético, sin firma ni fecha, pero del 28 de Febrero de 1921, según el sello del correo de Cambridge.

Creo que dicha carta fué la última compulsión que Zulen pensó hacer para probar la porfía de mis propósitos. En la respuesta que di a la epístola recibida, mi actitud quedó tan consecuente con los antecedentes como la de Zulen y por esa, nuestra rigidez reciproca de conceptos, fracasó la postrera tentativa de reacerarnos. No yo, sino Zulen, que tenía la llave del secreto que forjaba nuestra tragedia, vió entonces caer el telón sobre el drama en que habíamos prodigado nuestras almas. Yo sentía, sin saber claro lo que sucedía, el silencio portentoso de la muerte trágica. Como un auditorio que presencia un final de tercer acto de ópera, vacila si aún esperar algo más, vacilaba yo..... y entonces, efectivamente, la garganta del cantor articula todavía un grito, y entrega un último eco a la amante desconsolada:

En Julio de 1921 presentó la elegante revista universitaria «Studium» de Daniel Ruzo, en Lima, una poesía en inglés, con traducción acompañante al castellano, por su mismo autor, de aquellas que filigranaba Zulen en el ostracismo en Harvard College:

Gladys

¿Quién doró sus cabellos?

Me soñó la nube una mañana de sol.

¿Quién puso misterio en tu mirada?

Un rayo de luna se extravió en mi ser.

¿Quién humedeció tus labios de rocío?

Estuve durmiendo bajo una flor.

¿Es tu sonrisa el éco de una aurora?
Una nostalgia de la eternidad.

No debe, por cierto, la rubia Gladys, del salón de la Biblioteca de Harvard, tomar para sí todo lo que a Zulen se le ha ocurrido decir bajo la pantalla de su nombre. La carta a Angélica Palma, en Madrid, del 12 de Enero de 1922, esclarece, sin lugar a duda, que el poeta no había encontrado en las mujeres del Norte los calores del sol incaico y que en el corazón de ellas no colocaba el centro de gravedad de sus nostalgias supremas.

Y vuelve, como sucede siempre, en la poesía de Zulen, en estos versos postrimeros, una impresión acariciada antes:

El «¿quién puso misterio en tu mirada?» de «Gladys» tiene su analogía en «Romántica»:

«Tus ojos húmedos vertieron misterio y dulzor».

Los poetas son así: una idea suya, enteramente, permanentemente suya, la atan a cualquier rosal que encuentran por el camino.

En mi necesidad de consuelo desprendí para mí, de entre los pétalos del poema «Gladys», la última línea. Esta línea no era para la señorita en la biblioteca de Harvard College, ni, quizá, para mujer viviente alguna, sino para la Mujer Ideal del persistente ensueño de Zulen.

Allá por el año 1921, en Estados Unidos de Norte América, comprendería el alma del «Errante», aterida de frío, la enormidad de la distancia de donde le venía la sonrisa alentadora de sus esperanzas, y venciendo, con la fé de un apóstol, el vértigo del abismo, recayó en «una nostalgia de la eternidad». El sonido del «preludio de los acontecimientos inesperados» «la luz de la aurora de justicia que debe seguir al ocaso de iniquidad», cantados en «Amar un Ideal», de Diciembre de 1913, estaban desvaneciéndose del oído y de la vista de Zulen, que se acercaba lentamente al epílogo de su corta, pero fecunda, actividad terrestre.

XVII

ZULEN ERA UN MORALISTA

El predominio de una tendencia moralista se advierte en todas las manifestaciones que nos quedan de Zulen. En sus discursos y artículos político-sociales se diluye una fustigación acerba, evidentemente altruista y no personalista, sentida y no convencional, de las falsedades, impiedades y bajezas que descubre en los diversos medios que revisa; en sus ensayos filosóficos emite siempre un criterio templado a la medida de una alta idealidad; en su poesía, que acabamos de recorrer, y a la cual doy el primer sitio en la revelación de su interior, la delicadeza y la pureza, la sinceridad y el sacrificio aparecen como las imágenes que lo seducen.

Cuando Zulen cita en «Amar un Ideal» la palabra de Taine, hablando de la Bruyère: «La virtud era para él un deber de su cargo; un moralista inmoral es el peor de los charlatanes» ¿querrá argüir alguien que Zulen no tomara esa frase como el lema de su propia conducta? Sería posible que Zulen no haya tenido a mal convertirse él mismo en uno de esos «peores de los charlatanes?»

No; Zulen ha vigilado su conducta, ha dominado escrupulosamente su Yo para no caer en aquella detestable charlatanería: «la inmoralidad de un moralista».

Pero ahora hay que ver qué es la moralidad para cada uno. Ningún ser humano puede abarcar la esfera entera de la moralidad absoluta, y llenarla sin que quepa un lunar. El hombre que se propone y que busca ser concienzudo en su conducta, puede, sin embargo, tener fallas en la práctica, momentos de pasión o de descuido, o puede hallarse constringido en tales dilemas de la suerte, que su actitud forzosa dentro de la constelación particular, lo expone a ser tachado de inmoral por los prójimos que no entienden su situación.

Aduzco el ejemplo del Arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo quien, al faltar 200 pesos que quería entregar al hospital de San Andrés, donó, para subsanar el déficit, a un esclavo suyo que se cotizaba en un precio de 500 pescs. La mentalidad de Santo Toribio, encajada en el criterio de su época, no sospechaba que un humanismo posterior calificaría de abominable el régimen de la esclavitud. Y así como el pensamiento de un gran caritativo, de un varón reverendo y santo, podía hallarse preso en las trabas propias de un espacio cronológico, puede también una psicología cualquiera sufrir el efecto de ciertos otros factores, que no sean cronológicos, que actúan sobre él. Es fuerza reconocer que ninguna moralidad individual puede eximirse del conflicto entre un elemento fatalista que lo avasalla y otro, determinista, que imprime responsabilidad a sus actos. Para los seres no absolutos no puede regir una moralidad absoluta, sino relativa.

Si no hubiera una facultad determinista en los individuos, la moralidad no podría existir. Al mismo tiempo, la fatalidad de las condiciones casuales cercena en tal grado la libertad de acción, que un individuo, dotado de la mayor voluntad moralista, no logrará jamás sino hacer un buen compromiso con las razones opuestas que lo conculcan. Como la vida es múltiple y no simple en los aspectos que presenta al individuo, la complicación de obligaciones o inclinaciones opuestas se hace tanto mayor cuanto mayor es la seriedad del deseo del sujeto de satisfacer todos los postulados que se desprenden de los problemas que percibe. En los caracteres de fondo se marcan más que en los superficiales las contradicciones inevitables de albedrío.

La escritora chalaca Angela Ramos de Rotalde, me contó que Zulen había dicho, tratándose de mí en una conversación que sostuvieron, en la librería que ella en un tiempo había abierto en Lima: «El mundo tardará mucho en comprenderla».

Seguramente que el mundo tardaría mucho en comprender a ambos, tanto a él como a mí. Ambos hemos presumido decididamente de moralistas; y sin embargo, Zulen ha podido preguntarme, en carta fechada el 15 de Marzo de 1916, y publicada en el No. 43 de «El Deber Pro-Indígena»: «¿Es esta la famosa moral que venía Ud. predicando?» y yo de mi parte me he referido en mi folleto «Zulen y Yo» de 1925 a acciones extrañas de él, con una franqueza que he temido hasta ahora tener con un gran público incapaz de interpretar las sutilida-

des de psicologías extraordinarias, (pues «Zulen y Yo» no circula todavía sino en forma estrictamente privada).

Nunca he tomado como verídico el tono de la citada carta del 15 de Marzo de 1916, porque desde el primer momento he estado convencida de que Zulen no podía desconocer mi personalidad en el grado que lo insinúan sus frases escogidamente afrentosas; y en dicha convicción he persistido.

Zulen no ha podido dudar, ni fantasear, como otros, sobre mis actos positivos, y tampoco extraviarse muy lejos en el juicio sobre mis intenciones reservadas—porque yo no tenía y apenas tengo jamás, intenciones reservadas. Peco de franca, y mis intenciones, mis actos y mis palabras son uno, y sobre todo, en tratándose de asuntos graves, hondamente sentidos.

¿Era posible que mi conducta, antes o después, o sea, la revelación consecutiva de mi verdadero ser, hubiese causado en el espíritu que me rendía culto de afecto como en «Polirritmo» una reacción de desilusión?

No sé hasta ahora que creer.

Aquella palabra «El mundo tardará mucho en comprenderla» deja inferir que él que la ha dicho se preciaba de haberse adelantado al mundo en comprenderme. La frase aludida pertenece a la última época de Zulen, en 1923 o 1924, cuando la más leve señal de continuación de una relación conmigo había sido definitivamente suspendida de parte del entonces Bibliotecario y Catedrático de Psicología de la Universidad de San Marcos.

La vaga esperanza en lo inesperado—ese «puede ser que sobrevenga alguna cosa inesperada; no importa, me avengo a lo que diga el porvenir» de la carta del 13 de Junio de 1916, parece que hubo dejado caer marchito y exhausto el tallo antes erguido. Pero, quedaría en pie la frase posterior: «nada ni nadie hará despojarla de mi amor, y si tuviera que renunciarle a guardarlo, lo guardaré para mí goce SOLITARIO, INTERIOR».

Si, quedaría en pie este voto de lealtad inconvencible—¿y por qué no? Humanamente podemos haber tenido ambos errores y faulezas, pero muy bajo no puedo haber caído yo en el concepto suyo, como él tampoco en el mío.

Pues, eramos las dos mitades de la unidad de la historia que narro, y cada uno sabía de esta historia las verdades que los testigos externos suplirían con vulgares conjeturas. Zulen sabía nada menos que yo que entre nosotros jamás se había

cruzado un amorío o un beso, y que desde el año 1915 en que abandonó las visitas a mi casa, hasta el año 1925, en que entregó su espíritu a otra vida, no nos vimos en 10 años más de 10 veces, y solo dos veces dándonos la mano con prescindencia de la interrupción ocurrida en nuestra buena armonía.

Era estrictamente la verdad lo que afirmaba Zulen al principio de la carta del 13 de Junio: «mi actitud en todo este debate le habrá dado a entender que la idealidad y la pureza no son en mí vanas palabras que hermocean el estilo y dan fuerza a mis artículos. No; así como me revelo en lo que escribo, así como me manifiesto en la conversación, así soy en todos mis actos.»

Esta moralidad de Zulen, comprobada por la única experiencia infalible, la personal propia, ha sido en realidad el motivo del intenso amor que se desarrolló en mí. Porque yo soy por excelencia moralista, al igual que él—no por mi perfecta capacidad de llegar al ideal, sino por estimar sobre todas las cosas la moralidad, y admirar en un hombre, como prenda de las más raras, la delicadeza no fingida del pensamiento y de la acción.

Una incorrección sensacional cometimos los dos, cada uno en su género, y sin embargo, tengo la fé optimista de que nuestras culpas no pesarán mucho en la balanza del Supremo Juez que ha mirado lo que quisimos hacer por su ley dentro del molde en que estuvimos fundidos.

XVIII

ZULEN NO ERA POETA

Zulen había dicho a sus amigos intelectuales en Jauja, donde impulsaba la vida del «Verbo Estudiantil»: «no soy poeta; solo que hago versos de vez en cuando».

..... «y solos, fugaces, mis labios rimaron (Vahido).

No seré yo quien desdiga la aseveración, retando a los maestros de la forma a enrostrarme lo que no ignoro, que hay por aquí y allá un débil en la versificación y una clase de subjetividad que limita la producción a un radio estrecho de engendro y consumo.

Si yo hubiese terciado en la discusión en Jauja, habría aplicado aquella definición del poeta conocido:

«¿qué es poesía?.....
poesía eres tú.»

¿Qué importa el no ser poeta, según las reglas rígidas del arte, cuando se ha puesto en la vida real todo un poema de pureza y de aspiración a lo mejor?

Zulen era un aroma triste y fragante, despedazado por el viento. Y perdonando al viento, obsequiaba sus flores que perfuman los sitios donde disecas se les guarda.

Poesía ha sido Zulen en una época nada propicia al abrir de una flor del sentimiento o del centellear de una Estrella de los Magos. Con el ensobrecimiento de la Inteligencia se ha restado sitio y derechos a la Emoción, y con la disolución de las costumbres se ha perdido la brújula de los principios éticos. La sociedad persigue placer y no felicidad; dinero y no virtud. Zulen y su poesía no caben en la metálica dureza del cubismo y carece de relieve para los incapaces de creer en la sinceridad de un anhelo superior. En un lugar donde no se conoce el uso del oro, nada vale el oro, y en un lugar donde se ignora el uso de la moral, nada significa la moral. El oro no se oxida, y la moral tampoco; por eso ambos pueden esperar hasta que el aprecio de la humanidad vuelva hacia ellos. También el inconsistente oropel fué hecho para ser gozado y la deleznable arena fué admitida para cubrir los monumentos de Egipto, China y Roma. Junto a lo inmutable, junto al granito y al oro, colocaré de Zulen el nombre y la mística telaraña de sus ensueños.

Sé perfectamente que la lírica de Zulen no tendrá gran acogida en la generación de hoy—me conformo con que sea un cántico en las catacumbas.

XIV

LA APOTEOSIS

La apoteosis de Zulen la hará el indio incaico cuando se dé cuenta de lo tanto que el fundador de la Asociación Pro-Indígena se ha identificado con su dolor, sentido de derecho y su pertinacia de fé en el triunfo ulterior de la justicia.

Este folleto sobre la poesía de Zulen tiene que resumirse en los himnos del alma suya a su esperanza concreta, el resurgimiento, la redención, de la Raza de Manco Capac.

«De Vuelta al Ayllu» es una efusión de Zulen, escrita para la publicación, que no cabe exactamente en la categoría de los poemas, por las consideraciones muy prácticas y positivas que contiene, y que pertenece sin embargo, por su carácter de latido enérgico del corazón, al acervo de las obras sentimentales del autor.

La significación que atribuiría Zulen a esta creación de su sentimiento, en la conciencia del impulso intenso de sinceridad con que ella había brotado, se manifiesta en el hecho de que me obsequió una copia a máquina original estampada por sus manos y de que, no contento con la firma mecanográfica puesta al pié, la ha firmado más abajo con su autógrafa.

Para comprender bien como todas las ilusiones de Zulen se entrelazaban y giraban en rotación alrededor de su apostólica misión pro-indígena, oigamos por tantísima y última vez la carta del 13 de Junio de 1915: «ese amor me daría las fuerzas que yo requiero para la consecución de mis ideales morales y sociales, tan santos como aquel.»

Amor santo. ideales morales y sociales santos— tal era el concepto último de Zulen de lo que debe ser la vida humana, y había de ser para él.

Mientras más experiencias he acumulado por el camino, mas me he afirmado en la observación de que en todo ser viviente hay bastante marcada una doble personalidad, una más o menos mala y otra más o menos buena, una más o menos inferior y otra más o menos superior. He visto en mí misma y en los demás, como dentro del propio fuero interno la personalidad buena y superior, mitad del Yo, condena a la contraria, y por el otro lado, la mala o inferior celebra de tarde en tarde victorias sobre la parte mejor.

En los sujetos que escriben, el fenómeno descrito se estereotipa sobre el papel—con particular—claridad. Zulen no se exime de la regla. La alta transparencia de sus ideas y emociones se traduce en su producción poética, que aquí he reunido de un modo tan completo como he podido. En los escritos suyos de otro género se siente en ocasiones un descenso de su espíritu a cierta petulancia o a una irritación reñida con la disciplina del perfecto equilibrio, que en verdad nadie puede jactarse de alcanzar.

En sus críticas filosóficas, Zulen se revela siempre moralista con hermosa orientación religiosa; en cambio, en ciencias, sean ellas sociales, espiritistas, psicológicas o históricas, es ante todo un curioso, naturalmente no sin el provecho que acarrea a la larga una curiosidad grave constantemente aplicada.

Desde que yo conocí al entonces estudiante de la Facultad de Letras y gestor de la Asociación Pro-Indígena, es decir, el año 1909, cuando él contaba 20 años de edad, creo que no escribía ya con el transparente pseudónimo Neluz, con que he visto firmados sus ensayos más juveniles, uno de ellos una crítica filosófica dedicada al Dr. Clemente Palma, uno de sus maestros académicos. ¿Ha usado Zulen alguna vez otro pseudónimo? En la lista de la Edición Conmemorativa del Boletín Bibliográfico de la Universidad de Lima no hay indicios de ello; pero la información aquella, según confesión propia, no es completa.

En 1915 el gusto estético había atraído a Zulen hacia un grupo de intelectuales que intentaron establecer una exquisita revista llamada «Cultura», cuyo tercer número, de Agosto del citado año, está en mi poder, por motivo de contener una colaboración mía. Antes del día fatal, el 16 de Julio de 1915, del retiro de Zulen de mi casa, éste había inquirido por alguno de mis trabajos más fundamentales, para insertarlo en la publicación mencionada. Le di unos seis manuscritos, para

que él eligiera cual mejor le agradara, y su voto recayó en «Filosofía de la Lealtad», quizá por acusar cierta relación con los problemas morales que a la sazón nos preocupaban. Dicho número no ostenta ninguna colaboración de Zulen; en cambio se encuentra en ella una meditación de E. Casterot y Arroyo que es un intelectual en quien debe de haberse interesado aquel, pues tengo una «Crónica» del mismo año 1915, obsequiada por Zulen, a mérito de contener otra meditación de Casterot, titulada «Ex-Cathedra»

Me ha cabido el placer de ver la carta original que Zulen dirigió a Saccone, expresando su condolencia por la muerte de la esposa a quien el célebre causeur y dramaturgo dedicó su «Rosario de amor y dolor», y de ser favorecida con el regalo de la joyita de Eguren, «Simbólicas», que era cara prenda en el concepto del que supo ser amigo entusiasta adonde divisaba bondad o talento.

Llegamos a las últimas paginas de esta pequeña antología y biografía. He dejado para ellas «De vuelta al Aylo» y «El Boceto de la Perseverancia». Son estas dos composiciones escritas desde la mayor altura de la mente que les dió el ser, en aquellos años de auge de la clásica Asociación Pro-Indígena.

La inteligencia y el sentimiento, el valor y la porfía estaban en arreo para formar la fuerza redentora de una raza abatida, y el afán de llevar a la cima una causa tan sagrada apartaba del foco de atención cualquier empañamiento que pudieran originar cualesquiera preocupaciones menores.

«En Jauja descendí», me dijo Zulen en la conversación de despedida del 26 de Junio de 1920. Nadie en esta tierra puede eximirse de las fluctuaciones del nivel del pensamiento, pero la alta cumbre moral que se ha pisado, queda para siempre conquistada, porque hacia ella ha de volver el anhelo de la voluntad, incapaz de olvidar la potencia que una vez ha despedido.

De vuelta al Aylo

Si mi pluma fuera de sangre, yo escribiría la historia del indio.

JUAN MONTALVO.

Ayer, mientras un resplandor de sueño impresionaba la tarde, partió en despedida uno de esos apóstoles ignorados, uno de esos mártires silenciosos, uno de esos parias que tienen la conciencia de su raza, de sus tradiciones, y saben erigirse sobre el lodazal infame de sus verdugos. Se despidió tristemente, como si llevase en sí el presentir de desgracias venideras. A ratos, era un estertor interno el que se escapaba por sus ojos; a ratos, sus miradas eran como el sufragio de una clarividencia solemne, como si se le presentara una alegoría de la grandeza futura de su estirpe étnica, como si viera el momento de la victoria de su causa santa: ¡siempre la esperanza!

Es Camacho el indígena de Platería, que se va, repentinamente, porque así se le ordenó, después de tantas antesalas y de tantos porteros y de tantos días de espera. Vuelve, como sus acompañantes, al aylo, donde su hogar humilde y su choza misérrima yacen con señales indelebles de las vejaciones que esgrinieron y esgrimen esos verdaderos monstruos humanos, —llámense gamonal, juez, cura, gobernador, obispo,— que, bajo la forma mas inicua que es posible concebir, se convierten en la calamidad que pesa sobre el indio.

Hacer la biografía de Camacho, es hacer no sólo la historia de un apóstol sino la movida y accidentada de un héroe. Natural del aylo de la Platería, en el distrito de Chucuito de la provincia de Puno, Camacho tiene actualmente 35 años de edad. A los diez años fué traído a la Costa, a Moquegua, en la condición de disimulada esclavitud en que son colocados los niños indígenas para el servicio doméstico de las familias principales de nuestras ciudades. Producido el movimiento coalicionista de 1895, por una de esas circunstancias contingentes de la vida, entró en sus filas como soldado. Después del triunfo de Piérola estuvo en Lima y regresó de aquí a su hogar paterno, desde donde pudo darse cuenta de la profundidad de los males que aquejaban a su raza. Vivamente impresionado, va torjando en su mente el grandioso pensamiento de la redención.

En su aylo, Camacho no sólo fué espectador, sino víctima también de las expoliaciones. Un día, en el año 1898, por haberse negado a pasar el cargo de *alferazgo* que le imponía el cura, fué maltratado y conducido a la cárcel, donde le pusieron grillos. Libre ya, Camacho piensa en la liberación de su raza; piensa que un Dios justo, un Dios verdadero, no puede ser el Dios en cuyo nombre acaba de sufrir castigo. ¿Por qué será que los demás no protestan como él de tanto abuso, y al contrario lo creen lícito? Camacho reflexiona; comprende que es la ignorancia de las gentes la única culpable de todo este estado, y comienza entonces su prédica entre los indígenas de su aylo, para hacerles entender cuales son sus deberes y hasta donde van sus obligaciones.

Un buen día llega a manos de Camacho un libro, un libro cuyas páginas le dan un placer inesperado, porque lo convence de que la propaganda que hace tiene un valor que él mismo apenas había alcanzado a comprender antes; y que, esa propaganda, tiene fundamento. Ese libro se titulaba «Palabras de un católico o defensa del orden social», escrito por un francés, el presbítero O. Vidal. Atrae su atención, y lo marca; un párrafo que le hace meditar muchísimo es el que dice: «A la vista de esta universal miseria, el creyente clama y repite a los pueblos con extraordinaria vehemencia: «La ley evangélica no es tal como el sacerdocio la enseña, porque ha hecho un pacto con los príncipes y reyes de la tierra para mejor esclavizar y embrutecer a los pueblos. La ley evangélica es una ley de libertad, de igualdad, de independencia, de fraternidad, que por su extrema claridad, está al alcance, cautiva y gana para sí a todos los espíritus, sin necesidad de preguntar cosa alguna a quien quiera que sea».

Si; esa es la verdadera doctrina de Cristo. Así la comprendió Camacho, cuando pudo tener en sus manos un Nuevo Testamento.

Pero Camacho observa que la acción de su propaganda es muy lenta; que le falta más comunicación con los demás pobladores del aylo; y que necesita ser más constante y continua esa propaganda para que pueda surtir los efectos deseados. Entonces concibe el plan de fundar una escuela. En su aylo no se conoce la escuela; él la va a crear. Después de muchos sacrificios y pasos, consigue la licencia y establece la escuela. Esto ocurre en 1904. Niños y adultos concurren entonces donde el maestro; él les enseña a leer, escribir, contar, geografía e historia patria, higiene, educación física, antialco-

holismo, educación cívica; les enseña todo lo que puede, más que como maestro, como un padre: es el Pestalozzi indígena. Y por todo esto, Camacho sufre las hostilidades del cura, del gobernador, de los comerciantes en alcohol, quienes consideran que si el indio se educa, ya no podrán vivir a expensas de su explotación.

Y la hostilidad de esos seres viles interrumpe al fin, en 1908, el funcionamiento de la escuela. He aquí como lo relata un periódico local de esa fecha: «Existe en el distrito de Chucuito un hombre ingenuo, uno de aquellos que aman el bien por el bien, y que se sacrifica sin ostentaciones por el progreso de la humanidad; se llama Manuel Zúñiga y Camacho, es un indígena, y ha fundado en el aylo Plateria una escuela de la que es preceptor, en la que pasa los días en medio de la miseria y las privaciones, enseñando gratuitamente a leer, escribir y contar.

«Se creará que Zúñiga goza si no de la protección, por lo menos de la simpatía de las autoridades locales; nada de eso. El maestro de los niños indios es perseguido, vejado, castigado por todos aquellos que tienen interés en que las masas de los naturales permanezcan ignorantes, para mejor explotarias».

«Hechos son pruebas».

«El 25 de este mes, Zúñiga fué conducido a presencia del Gobernador y del Cura de Chucuito, quienes en términos duros le increparon su conducta, acusándole de enseñar a los indios a leer para que se vuelvan *lisos*; le llaman *masón y protestante*, porque alguna vez leyó delante de sus alumnos páginas de la Sagrada Escritura; le culparon como enemigo del catolicismo, porque impidió que sus discípulos tomaran parte en los bailes y orgías que se realizan en la festividad de la Virgen del Rosario, de la cual Gobernador y Cura obtienen pingües utilidades, y por último, después de amenazarle con incendiar su casa y quemarlo vivo, si volvía a enseñar una sola letra a sus alumnos, le mandaron preso a la cárcel de esta ciudad, para que allí se pudriera como todo enemigo de Cristo.»

Por esta y otras circunstancias desfavorables, la escuela deja de funcionar. Se opera, aquí una evolución trascendente en el espíritu de Camacho: en 1909 se afilia a la orden de los Adventistas del Séptimo Día; allí no encuentra el grosero culto de los curas y sus especulaciones indignas; allí encuentra un cristianismo más puro; Camacho abandona para siempre ese catolicismo falsificado.

La escuela que había dejado de funcionar, reabre sus puertas y sigue enseñando, hasta que uno de esos funcionarios de provincias, que son la deshonra de la administración pública y la rémora de nuestro progreso escolar, estuvo de visita en ella, la encontró con 69 alumnos matriculados y 45 de asistencia media diaria, y vandálicamente la clausuró. Era el día de San Juan, el 24 de Junio del año en curso, en que se echaba así un baldón sobre la cultura nacional.

Y el sinnúmero de vejaciones y hostilidades llegó a lo increíble, cuando el Ilmo. y Rdm. Obispo de Puno en persona atentó contra Camacho y sus discípulos. Camacho, falto de garantías, sin poder hallar justicia en su departamento, vino a la Capital y ahora regresa. Aquí ha visto que no todos son verdugos, que no todos son malvados, que no todos son vasallos de la indolencia, que no todos son eunucos del carácter, que no todos son traficantes del ideal.....

Y en la mirada del paria, del apóstol y del mártir, he visto como el reverberar de la justicia.....

Lima, 13 de Setiembre de 1913.

«De Vuelta al Ayllu» es de fecha 13 de Setiembre de 1913.

«El Boceto de la Perseverancia» lo precede cronológicamente por unos meses: es de Abril 1913. La razón de que no lo haya puesto en su sitio cronológico es que lo considero como la llave de oro con que debo cerrar esta obrita. En «El Boceto de la Perseverancia» aparece la psiquis de Zulen en una luminosa condensación total. Lo característico, lo bello, de él, está ahí. La escena de su soñación pertenece a un momento de su vida que ha repercutido hondo en inspiración poética para él—es decir, la terraza del Hotel Peninsula, en Chucuito, Callao, donde concibió su Carta a Carmen en «Un Amanecer en Otoño» (de Junio 12 de 1913) y que recordó en 1918 en su soneto «Ocaso», publicado en «La Tarde» de Chichayo No. 8087.

Ocaso

En el fondo del espacio los tapices
se presentan en un lienzo singular,
y el cielo se colora de matices
tan variados que invitan a pensar.

Un artista invisible—muy calmado
que parece que comienza a matizar,
apantalla con el bruno naranjado
recubriendo tan altiva tez solar.

Los vaivenes del techado vespertino
me trasciben celestiales simbolismos,
y la noche se avecina sin albor.

Los relieves borroneanse de angustia,
bambolea al horizonte la penumbra
y se agita muy beodo el resplandor.

Yo poseo la primera versión hecha del soneto que antecede, que me trajo el autor, copiada por él en máquina, y que lleva por título «Simple Ocaso». La fecha al pie dice Otoño de 1911. Debo advertir que Zulen pasó dos temporadas en Chucuito, Callao; una en 1911 y otra en 1913.

Compárense las dos formas:

Simple Ocaso

Ya el día me abandona. Ya la bruma
naranjada de ese disco, gran señor
de estos mundos estelares, no me abruma.
El altivo, antes de hora ¡con rubor!

El momento de la calma. La desnuda
peregrina, reflejando su dolor,
tristemente se regresa con presura
esvolviéndose en un manto, con temor.

Es la tarde que se aleja, que me anuncia
intercambio cotidiano de Natura
con la noche, esa huérfana de albor.

Los relieves borroneanse de angustia;
bambolea al horizonte la penumbra;
y se agita, muy beodo, el resplandor.

En medio de algún lacerante tropiezo en la expresión ¡cuánto sentir profundo y original, cuánta estética espontaneidad de imágenes poéticas! La figura de la Tarde, la desnuda peregrina; la Noche, huérfana de albor, que solo a la Tarde debe los intercambios con el día que satisfacen los designios de Natura. El impresionismo del alma traducido en las dos cortas sentencias que preludian los dos primeros versos: «Ya el día me abandona» — «El momento de la calma» — ¡la tregua consoladora para los corazones que Dios prueba!

Sonetos gemelos «Ocaso simple» y «Ocaso», no es sin embargo posible fundirlos en uno, pues, a pesar de que «Ocaso» es mejor pintado, con el arte de un talento que ha progresado en siete años, falta en éste el lindo *simil* de la Tarde, que se marcha.

Zulen había adquirido en los días cuando figuraba ya solamente como un «distinguido intelectual» y no con el carácter singular y supremo suyo de paladín de la Causa Indígena, de Secretario General de la Asociación Pro-Indígena, más fluidez de lenguaje, más aplomo de expresión. Sin embargo, ni su constitución física ni moral lo ponían en el lugar de un orador elocuente. Era demasiado reflexivo para eso; demasiado sentido en cada una de sus palabras, para arrastrar corrientes al paso de los ríos impetuosos que se olvidan de respetar orillas y nombrar los afluentes que les han prestado sus caudales.

Demasiado poco explícito, aún cuando era necesario entenderlo para hacer redacciones en el servicio de la Asociación Pro-Indígena, hallé siempre, en los mejores tiempos, á Zulen. Desde temprano lo comparé con una inmensa nebulosa, más rica en potencialidades que tanta estrella clara y brillante, que hay pero de cualidades en gran parte aún intangibles, sin duda no solo para los demás, sino aún para él mismo. No podía en casos expresarse claro, porque no había podido penetrar hasta el fondo de las tinieblas oceánicas de su propio Yo.

Zulen ha sido un astro de aquellos que por el volumen de su masa se halla todavía en estado gaseoso, cuando los astros más pequeños centellean ya con luz deslumbrante a causa de su pronta solidificación.

No se debe creer que haya podido dominar en el corto lapso de 35 primaveras el relativamente vasto acervo de elementos depositados en su personalidad. El término de una rotación diaria deja a Júpiter más lejos del fin de su evolución que a los planetas hermanos, Marte, la Tierra o los Asteroides. Zulen, con su muerte el 27 de Enero de 1925, no hizo sino concluir un período de rotación, con una larga perspectiva de problemas irresueltos, que seguirán aclarándose durante su recorrido por el tiempo y el espacio sideral.

La visión distante, el presentimiento de la perdurabilidad, se pronuncian con una fé que participa realmente de «nostalgia de eternidad» en «El Boceto de la Perseverancia». Detengase el lector, que va a saborear ahora la nota culminante de la Poesía de Zulen, en la frase: «La perseverancia es la acción que perdura y vive en el tiempo», — el autor se refiere al tiempo terrestre, pero, por extensión se podría tomar la perseverancia como la virtud conservadora de una idea y una voluntad inmortal.

«La médula de la perseverancia es un sentimiento antes que una convicción de nuestra razón, antes que un propósito meramente formal de nuestro intelecto».

Se entrevé en estas líneas que Zulen ha reconocido que solo el sentimiento y no la razón, representa un calor capaz de redimir a la humanidad.

Boceto de la Perseverancia

Así como el Océano es incansable, lanzando sus ondas sobre las riberas, así es la perseverancia. Así como la inmensa mole líquida sigue inapretérrita su obra de intraremeamiento molecular, los seres humanos dotados de perseverancia llevan adelante los planes que se proponen, sin desmayar ante el pensamiento de la lejanía de un triunfo, sin sobrecogerse ante los peligros esperados o inesperados que se hallen en el camino de su consecución. Pero, así como pertenece a un océano la capacidad de poner en conmoción a las playas de todo un planeta, así solamente los hombres de carácter, los hombres nacidos para la lucha, los hombres que llevan en sí el sentimiento de la acción, son capaces de la perseverancia. Estos hombres, objetivación de energía, son como las olas marinas del medio social en que viven, porque su tendencia es siempre estar sobre

su superficie, a la altura mayor, en el ramo de la actividad sociológica asumida.

La perseverancia no es cualidad corriente entre los hombres; por eso el perseverante llama siempre la atención de sus semejantes. Porque perseverar es luchar, y luchar sin doblegarse ante algún contratiempo; poner toda la energía debida en servicio de una causa determinada; poseer una fortaleza de espíritu tal para poder avenirse a que el éxito buscado, sea, si se halla, la coronación final de una serie de derrotas precedentes o de triunfos parciales. La perseverancia es la acción que perdura y vive en el tiempo para hacer, dentro del concepto de relatividad de lo terreno, las cosas más estables de la vida humana.

El esfuerzo del hombre perseverante, así no lograrse el fin propuesto, jamás se pierde; porque sirve de escuela viva, de lección educadora a los demás hombres, estimulándolos hacia la práctica, hacia la acción, hacia la vida misma.

Hay cosas en la vida social como en la vida individual, que todos los hombres convienen que deben hacerse, pero que para lograrse sólo se requiere perseverancia. No se han hecho de otro modo las grandes campañas de reforma social de los pueblos. Roberto Peel, logrando, al frente de su liga, la introducción del librecambismo en Inglaterra; Emilio Zola, haciéndose una personalidad literaria con el realismo; he allí dos ejemplos de perseverancia en lo social y en lo individual.

Ante aquellos problemas del individuo y de la sociedad, unos tienen el entusiasmo en el comienzo, pero les falta el entusiasmo perenne; en otros términos, les falta la condición intrínseca de la perseverancia. La médula de la perseverancia es, pues, un sentimiento antes que una convicción de nuestra razón, antes que un propósito meramente formal de nuestro intelecto. El sentimiento de su doctrina, que era el nervio de su perseverancia, llevó a Cristo al Calvario; pero su credo se expandió entre los hombres, fundando una religión sobre la tierra.

En Chucuito, en una tarde de marzo, mientras por el dorso de la Isla de San Lorenzo, el ocaso se hundía en la penumbra.

1913.

Adiós, Zulen, ser dotado de perseverancia, ser de aquellos que lloran adelante los planes que se proponen, sin des-

mayar ante el pensamiento de la lejanía de un triunfo; sin sobrecogerse ante los peligros esperados o inesperados que se hallan en el camino de su consecución.»

«Espíritu que posee una fortaleza tal para poder avenirse a que el éxito buscado sea, si se halla, la coronación final de una serie de derrotas precedentes, o de triunfos parciales.»
Poeta y filósofo, has llenado honradamente una parte de tu programa. Adiós, Zulen, soñador, que te has dormido con tu tenaz esperanza en lo inesperado; yo, despierta a tu lado, espero también en lo Inesperado del Más Allá.

Callao, Setiembre 14 de 1927.

Posdata

La familia de Zulen acaba de poner a mi disposición el legado de originales de poesías que ella posee; así es que escasos vacíos quedarán ya en la colección que yo anhelo ofrecer completa.

Ha sido rica la cosecha que me ha venido; rica en un grado que los almacenes preparados no alcanzan para tanto.

Daré la antología en dos mitades, dividida en las flores del cerco de Loreto, Callao, y del cerco de Ilave, Lima.

No tardaré mucho en arreglar el material—únicamente faltan los medios para imprimirlo.

Amigos de Zulen y amigos míos: una súplica—ayudadme en coronar mi empresa; prestadme vuestro apoyo, para aquello que pido, que antes de morir me sea concedido dejar lista una obra que solo yo podré hacer como la he sentido y pensado.

La Segunda Parte de las «POESÍAS DE ZULEN» la titularé «OFRENDA A LA MADRE DE ZULEN».

Quien haya querido, o siquiera estimado a Zulen, tiene que querer y estimar a su madre, la mujer que él ponía sobre todas las mujeres; la mujer que lo formó, y que hoy conserva su hogar consecuente con los cánones de una moralidad severa, prefiriendo que la Muerte, y no la Corrupción, siegue los miembros de su antes numerosa familia. Casi como una Hécula sobre las ruinas de Troya, llora a Victoria, a Pedro y a Carmen, y calla ante el hado inescrutable que la martiriza, quizá por creerla digna de las palmas de la eternidad.

Honrad al amigo, honrad a mí, si lo merezco, contribuyendo a que la Ofrenda pueda ser entregada en manos de la Señora Petronila Aymar de Zulen.

INDICE DE LAS POESIAS

	PÁGINA
1 Poliritmo.....	9
2 El Carácter y la Moralidad	11
3 Unción.....	16
4 Amar un Ideal.....	17
5 Primavera en Invierno.....	18
6 Mis Libros.....	19
7 De un Amanecer de Otoño.....	20
8 La Carta del 13 de Junio de 1915.....	23
9 Romántica.....	27
10 Soñaba.....	28
11 Vahido.....	30
12 Una Tormenta.....	31
13 Pampsiquismo.....	33
14 En el Vallezuelo.....	35
15 Ocaso de Ensueño.....	37
16 Gladys (en el original el autor ha tarjado este nombre, y ha puesto en su lugar el título «Más allá del crepúsculo»).....	45
17 La Vuelta al Aylo.....	55
18 Ocaso.....	59
19 Simple Ocaso.....	59
20 Boceto de la Perseverancia.....	61